

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 21 de Enero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO:

Rosalina Coelho Lisboa	L. E. Nieto Caballero	Una hora con Enrique Díez Canedo	Raúl Silva Castro
Discurso	Rosalina Coelho Lisboa	Notas sobre Samuel Glusberg	Eduardo Uribe
Idolatría	Eltas Jiménez Rojas	Mate amargo	Samuel Glusberg
Tablero (1928)		Hermano, júzgame bien	Alberto Gerchunoff
Página lírica	G. Castañeda Aragón	Díez-Canedo, el crítico de América!	Armando Donoso
A quien ayuda Washington	Martín Luis Guzmán	Don Enrique Díez-Canedo se va	Roxane
El histrionismo literario	Luis Araquistain		

CON la elección de Rosalina Coelho Lisboa para reina de los estudiantes en la más bella ciudad del continente, han hecho los universitarios brasileros una obra de reparación y se han honrado ellos mismos con el doble culto que de ese modo rinden a la hermosura y a la inteligencia. Es Rosalina la más atractiva figura en la literatura femenina del Brasil, por su numen, por la variedad de sus conocimientos y por la vida de heroísmo que ha llevado, en medio de las pugnas frenéticas de la política que le robó a su padre y entre los estertores de la desgracia que tronchó en flor su hogar naciente.

Mártir y madre a la edad en que otras no han cerrado los libros en la escuela; frente al destino lleno de interrogaciones; bajo un cielo cargado de tempestad y de misterio; estremecida y linda ante los días voraces; todo lo arrojó, todo lo derrotó con la tensión del alma y con la suave mirada de sus ojos purísimos. Las pequeñas miserias de la envidia que asecha, de esa pálida envidia que ante el dolor se regocija y ante la victoria y el placer babea y se contorsiona, a su paso ladraron como canes hambrientos. Ella sufrió mucho. Pero arriba su



Rosalina Coelho Lisboa

Por

L. E. Nieto Caballero

=De El Espectador. Bogotá.=

estrella brilló con mayor brillo. Y llegó el día en que, vencedora en célebre concurso, consagrada como la poetisa de mayor inspiración en Río Janeiro, pudo darles nuevo impulso a las alas e iluminar su rostro con inolvidable sonrisa.

Delicada y sencilla, buena hasta lo más recóndito, enamorada de su patria y de la ciencia, al estudio dedicó las horas que otras emplean en la plegaria sin unción y en la disolvente murmuración del costurero. No les tuvo miedo a las altas especulaciones de la mente sobre el origen del mundo, las leyes de la vida, el porqué del universo. Y llevada, por la intuición primero y por la aplicación después, a los intrincados laberintos de la filosofía, logró al cabo penetrar, a través de las calles oscuras, en los santuarios iluminados donde el oráculo revela sus principios, sin que el hilo de Ariadna le hubiese hecho falta. El hilo era su magnífico talento, su vasta comprensión, el apetito de saber, la sed de triunfo. Lo que aprendió, hoy lo enseña. Más allá de los rugidos de la incompreensión estaba la certidumbre de que la voluntad tenaz todo lo arrolla. Más allá de la calle cenagosa se encontraba la cátedra. Y en la cátedra está ella.

Poesía del desencanto.

Los pensamientos graves no le han hecho perder el dón del canto. En dos volúmenes, que son dos jaulas de oro, está preso el jilguero. *Rito Pagaio y Desencantado Encantamento*, que en el Brasil constituyeron acontecimientos literarios, contienen los sollozos, los estremecimientos, los anhelos y las meditaciones de la preciosa mujer que es célebre en América sin haber llegado aún a los treinta años. Todavía no ha llegado a la edad del mayor esplendor, y ya es espléndida. Pero como ha sufrido y meditado mucho, sus conclusiones son amargas, son desencantadas, tienen la gravedad de una sentencia de la Imitación de Cristo. Pero sin humildad. Por el contrario, cree que abroquelada en el orgullo puede esperar la muerte sin la menor angustia, bien sea que la lleve a la inmortalidad que a otros desazona, bien sea que la sepulte en el total olvido. El bien supremo para ella es el renunciamento. En los libros se entiende, porque en la vida acaba de demostrar que la voluntad busca el triunfo y que una aclamación no la incomoda.

"Prefiero la verdad de la desgracia a la estulta felicidad de la ventura", dice en otro poema. Es la persona íntima la que habla, la dada a la filosofía, la misma que declara que, bajo la ironía azul de un cielo vacío, el hombre nace esclavo, atado con invisibles cadenas a la tierra, sometido a leyes que no comprende, sufriendo la maldición de haber llegado a la vida. Y juzgándose rey, agrega, se pierde en el misterio de la evolución de los seres como grano de polvo que retorna al polvo, mientras el eterno enigma de la humana existencia se renueva. Y cómo en "Cronos se pierde el caudal de los hombres", emboca la trompeta calderoniana para gritar que el simple hecho de existir la hace maldita.

Ama y comprende el dolor, "alma de la naturaleza, el dolor, fuente lustral de donde somos oriundos y en torno del cual giran todos los astros". Siente que el pensamiento es el supremo delito cuando contempla la felicidad de la ignorancia, que es también inocencia. Y al entonar su canto en obsequio del viento dice cosas profundas. "El viento viene de lo descono-

cido a despertar el alma. Perfumes sin nombre y voces exquisitas pasan en él riendo y cantando. Trae de regiones ignoradas un subterráneo ulular, rugidos, aullidos, quejas hondas. Y en su lamento tiembla la prole esta infecunda de los millares de almas que se duelen, en el límite de la vida, de la estrechez del mundo."

La ley del sufrimiento universal se cumple. El mal no quiere separarse del bien. Debajo de las flores o entre ellas se encuentran las espinas. Sólo queda el remedio de Rosalina: soñar. "Soñar, dijo Manuel Ugarte, es el superlativo de hacer". Y es evidente, porque sólo en los éxtasis o en las interminables divagaciones de la mente, que se siente en la vida como en una cárcel, puede hallarse la liberación, y con la liberación el camino irreal de la grandeza. Ya en ese temperamento o en esa convicción, consciente el alma de la solidaridad de la especie, se apodera de aquellas que son grandes un sentimiento de lástima. Todo inspira lástima: desde la felicidad que tiembla con el temor de disolverse hasta el infortunio que jamás espera. Y hacia ese dolor común tienden las manos las que, como la poetisa de la dulzura que redime, saben que verdadera o ilusoriamente alivian con su bálsamo.

"La suprema gloria del vivir consiste en descubrir a los hombres la belleza". Y ahí, en contradicción con la queja lanzada contra el pensamiento, delincuente a quien nadie logrará poner entre cerrojos, Rosalina se muestra seguidora de Confucio, para quien la perfección moral supone las altas luces de la inteligencia. "Hombre: siempre serás una criatura ante el deslumbramiento de las ilusiones." De esa manera exclama ante el eterno niño, que se deja engañar a sabiendas de que la vida, así de llena y de triunfal haya sido, no es en su esencia inevitable sino humo que se disuelve y ceniza que cae sobre la tierra para abonarla y prepararla para las incesantes y rápidas transformaciones.

¿Qué quieren los hombres, en medio de esa verdad definitiva, para consolarse de su poquedad y evanescencia? Poca cosa: un arrullo. Una piadosa mentira, el espejismo de la felicidad, la divagación acerca de lo que

adormezca o haga retirar los ojos de las fealdades del mundo. Rosalina sabe el valor del recuerdo, la caricia aliviadora de lo que en su idioma natal llaman *saudade*. Una suave melancolía, "el placer de estar triste", algo otoñal, marchito, cerca de la extinción, pero con sometimiento. La mirada al ayer, el suspiro, lo que oprime sin desesperar ni traer agua a los ojos. "Al llegar la vejez y el invierno, dice ella, el corazón, para reconfortarse, quemará en pebeteros de oro el incienso del pasado". Ella lo quema, como sacerdotisa, para que aroma, vaguedad, ilusión, trastorren a los fieles deliciosamente...

Poesía solar.—Pero tiene días solares, poemas de gran valor descriptivo y de entonación fresca y pagana. Antes que a los héroes de otra edad dice ella que exalta a los desconocidos, los talentos ocultos, filósofos sin nombre, poetas sin fama, guerreros sin victorias, inventores sin éxito, de oscuros hipogeos, monjes humildes que fueron santos incomprendidos, sedientos de luz, "Lázarus de la gloria". Y canta lo mismo a los guerreros de Homero que a los guerreros de Odín, la India antigua, la soberana tierra hollada por los conquistadores, el valor de los nobles españoles, paladines de vetustas contiendas. Y canta al Brasil y a la ciudad "que escogió el sol entre todas para el rito de la luz de su culto pagano". Hay que amar la tierra, hay que ser patriota no obstante el recuerdo de los vejámenes sufridos por su padre, a quien dice bellamente: "Tuviste, soñador, por supremo destino, desdeñoso de gloria, de trofeo o de fama, el sacrificio a la patria, aunque inútil, divino".

Y son pujantes sus descripciones y encendidas de amor sus oraciones al Brasil, "maravilla de la tierra, cofre del porvenir y granero del mundo". A Olavo Bilac le dice con el mismo sentimiento: "En tus poemas de oro pasa tu imagen y arde el alma heroica del Brasil, tu raza". Y se le ve la sangre correr por las venas azules, en los brazos torneados, en las manos divinas, de una perfección que después de las mujeres milagrosas no encuentra el hombre sino en las estatuas. Es el ardor de la tierra y el ardor del sentimiento, la influencia de la

luz, la vida misma que quiere ofrecerse o quiere evaporarse. Rosalina sale de sus abstracciones metafísicas, y bajo el sol, en ese Río Janeiro cuya hermosura reverbera, es como el alma de la ciudad que inspira el mismo ardor que ella siente.

Aunque pierda del encanto que tiene en la lengua original, es imposible resistir la tentación de traducir en mala prosa un poema. Ensayemos:

"Medio día! Apogeo de la luz. Todo deslumbra... Un espléndido centelleo de reflejos intensos, esparce sus bermejos encantos sobre la decoración circundante y la reviste de feéricos aspectos. En un delirio creador, la vida llena de fiebre, palpita, desarrolla y engendra opulentos tesoros, y bajo la acumulación de esfuerzos y energías, el rumor del trabajo humano se acelera. Bajo los cielos quemantes y magníficos, el paisaje evoca la síntesis vital de la naturaleza entera. El aire sorprendido vibra con los murmullos del amor apasionado. Y por las llanuras y montañas, selvas y plantaciones, desborda, abriéndose en la flor o reventando en el fruto, el generoso ardor de la tierra brasilera".

La reina de los estudiantes.

—Es esa tierra la que acaba de escogerla para reina de la muchedumbre estudiantil, de todas las generosas semillas que el presente cultiva para la floración del futuro. Rosalina, con la comprensión suprema del momento, en oración magnífica como ella misma, se levanta en el escenario semejante a una diosa, y señala al porvenir con el acento de quien da órdenes que deben ser cumplidas. Recuerda sus conflictos, y en frases perdurables, deja, como un herrete en el anca, marcados a todos los cobardes y a todos los impuros. No quiso el honor pero el honor le vino. Su mensaje es de amor, de unión y de adelanto. Quiere que se sepulten las viejas divergencias, que no se repitan los antiguos errores, que el país sea libre, otra vez libre o alguna vez libre, porque es odioso que hombres nacidos en la tierra pródiga puedan ir a morir en el destierro.

Rosalina es la reina de un cuento de hadas. Tiene todo lo requerido y más de lo requerido para llevar una corona. Su

belleza triunfal canta a la vida y atrae los corazones. Su inteligencia nutrida y armoniosa tiende redes a las mentes. Hoy no cuenta en el Brasil sino súbditos. Y súbditos suyos que-remos también ser los viejos estudiantes y los estudiantes viejos de estas latitudes. Para los colombianos debe ser halagadora la noticia de que una iniciativa nuestra, de Bogotá, de Germán Arciniegas para ser precisos, prendió en el conti-

nente. Se está extendiendo el contagio dichoso de las reinas. Amparados aquí por las beldades en que los bogotanos pusimos nuestro entusiasmo y nuestros sueños, gozamos con saber que otras beldades surgen para presidir en la América Latina la marcha de los estudiantes. Esa bandera de ilusión queda bien en la cumbre de todas las victorias. Y todas las victorias son posibles cuando hay esa bandera.

Discurso de Rosalina Coelho Lisboa

Con motivo de su coronación como Reina de los Estudiantes de Río Janeiro

Estudiantes, señoras:

No son horas felices las que evoco. No son mis amigos, ni los apoyos que encontré en la pelea, ni los escudos que me defendieron en la desgracia, ni los estímulos que se me ofrecieron en la hora de la incertidumbre. La que ahora recuerdo la viví hace un decenio. Todas las amenazas, todas las angustias, hondas angustias sin reposo, y angustiosas dudas de desesperación, se estremecían en ella. Derrotas, probabilidades de derrota anónima, me cercaban entonces. Tenía diez y ocho años apenas. Veía morir a mi padre en el destierro, después de una vida de noble apostolado. Viuda y madre, miraba hacia la vida con esa esperanza de prodigio—tan consciente del imposible que espera—de un guerrero novicio ante un enemigo todopoderoso, y con ese ímpetu desorbitado de los que luchan, porque tienen que luchar. Por la primera vez, o que parecía serlo, revelábase a mis ojos la verdad mala del mundo. Yo me enfrentaba a responsabilidades tremendas, y con la amargura de la lucha y las torturas del alma, obedecía casi sin sentir a la fuerza subconsciente que me lanzaba a la reacción y me invitaba al combate.

Esa hora marcó el principio de mi ascensión hasta la cumbre de vuestra comprensión, señores estudiantes! Y sólo porque viví sin miedo todos los sacrificios y acepté sin desaliento todos los desaires, es por lo que hoy merezco vivir estos momentos de profundidad compensadora.

Yo soy vuestra reina! No provoqué, no animé, no aplaudí siquiera vuestro propósito de elegirme. Y soy vuestra reina! Perdonadme el orgullo con que lo proclamo. Me mentiría a mí misma si de esta manera no os hablase.

Señores: hay un sueño que aún los enemigos del ensueño sueñan:

Los días se suceden, crueles en su igualdad inferior. Las esperanzas se transforman en decepciones; los recuerdos se reconocen privados de la razón de ser; los destinos se muestran exentos de belleza... De instante en instante se reemplazan el clamor de la lucha contra la turba, y el mudo despedazamiento interior. Después, fatalmente, el reverso, es una apariencia de victoria o de derrota.

Pero las criaturas se abroquelan contra la tristeza en la esperanza mágica: *Un día...*

Radiante, cargado de recompensas, anunciador de glorias, floreciente en prodigios de sueño realizado, ese día, que será *El Día...* ese día que hará olvidar todos los otros, malos, feos, vulgares días, de tragedia sin grandeza...

Un sueño de amor amanece en la ventura, para florecer en la desesperanza... El que sufre, entre lágrimas sonrío: *Un día...*

Imagino la dulce claridad de ese día, que el cariño embellece...

Un sueño de patriotismo deslumbra a un sér, y la existencia le roba ese deslumbramiento para cercarlo de terribles sombras... Pero entre sombras, el sér evoca la compensación posible: *Un día...*

Imagino la claridad libertadora de ese día, que hará exaltar el triunfo...

Un sueño de pensamiento despierta al alma, y la injusticia despunta en la alegría de los vulgares, cuya incompreensión busca excepciones... Pero incomprendida, el alma se refugia en la esperanza. *Un día...* Y pide la claridad incomparable de ese día, en que habrá de arrullar la verdad de su sueño...

Un día... Cuántas veces su deseo os defiende de los daños del camino y de los cardos que brotan en las tierras hostiles. *Un día!... Nuestro día...* Pasamos la vida entera esperándolo, y casi siempre, mientras esperamos, la noche descende...

Vosotros no quisisteis que así fuese mi destino. Obrasteis a la manera de los conquistadores de lo imposible... Me disteis mi día!

Loados sean mis enemigos! Y las calumnias con que me siguieron los pasos! Y la envidia que intentó clavarme sus espinas. Y el odio que buscó matarme el valor y disminuirme la fe en el bien humano. Loados sean, porque de mi indignación contra sus calumnias, de mi amargura contra su envidia, de la comprensión que tuve de la inferioridad de sus odios, me vino, la clara, la alta, la indestructible confianza, dentro del dolor o de la alegría, cantando o pensando, soñando o trabajando, en lo que constituye el

orgullo de mi limpia pobreza. Loados sean mis enemigos, porque me arrojaron piedras y guijarros, y yo necesitaba de piedras y guijarros para construir la fortaleza donde deben vivir mis convicciones. Loados sean, porque representan sombra, esa negra sombra que realza, por contraste, el brillo de "mi día", del día que vosotros me disteis, estudiantes!

Estudiantes:

Hablándoos a vosotros, hablo a los que alcanzarán la realización, el apogeo, de las posibilidades brasileras. Estamos cansados de promesas, aburridos de proyectos, decepcionados de ensayos. No tenemos más—no queremos tener más—elementos para desperdiciar en lo provisional. Nuestra ambición es solidificar, en el presente que vivimos, el presente de verdades victoriosas y de victorias verdaderas que los brasileros de mañana *deben vivir*. Grandes ejemplos de errores terribles nos sirven de aviso y de enseñanza. Nuestro patriotismo, exhausto de palabras, se convierte en patriotismo de acción. Humildes o ilustrados, todos los grupos sociales reaccionan, conscientemente los unos, instintivamente los otros, contra el desperdicio de las fuerzas vivas del Brasil.

Disciplinad las energías de la raza, para que la raza se pueda extender, en breve, sin ne-

La idolatría

(O la nota discordante, como gustéis)

Es muy difícil que los juicios de los hombres no pequen por exceso o por defecto cuando a otros hombres se refieren.

Por defecto se viene pecando desde hace siglos relativamente a los hermanos Pinzón, por ejemplo, para no cambiarle su índole a esta nota.

Por exceso se peca todavía en general al hablar de Colón. Son muchos quienes lo tienen por un sabio y, lo más pasmoso, son muchos quienes lo ponen en la lista de los mártires y santos.

Por exceso se está pecando ahora al apreciar la hazaña transatlántica de Lindbergh. Un muchacho intrépido por naturaleza, bien conformado para el vuelo y buen mecánico, nada más, aparece con la aureola de un gran héroe o de un inventor extraordinario. **El gobierno de su patria lo escoge como mensajero de vanguardia hacia nuestras tierras, y las multitudes lo aclaman como a un benefactor.** Puede que lo sea, pero inconscientemente.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

=(Reproducción, N.º 100, San José de Costa Rica).=

cesidad de disciplina. Organizada la nación. Tened valor para mirar de frente los defectos, que mirarlos de ese modo es ya anunciar los remedios. Nunca más existirá un presente como el presente que vivís. Condiciones y valores, ambiente y ocasiones, todo se ofrece para un idealismo único, todo ansía extenderse en armonía, en la afirmación definitiva del Brasil! El siglo no admite ya la despersonalización de los individuos dentro de las personalidades colectivas. La personalidad colectiva de nuestros días es un resultado del esfuerzo armonioso de las personalidades individuales, en plena expansión de independencia. Removido en el Brasil—para el Brasil—esas multitudes milagrosas.

Para qué os exhorto?

Vuestra reina os sabe dar

aspiraciones magníficas y el entusiasmo para la epopeya. Vuestra reina conoce las cualidades máximas de la raza que os hacen sagrados, brasileros.

Evoquemos, del mañana que vais a preparar, la patria espléndida: invasiones del progreso hasta las entrañas de la selva; afirmaciones de la civilización que hace serenas las metrópolis pujantes; caídas de agua, prisioneras del oficio divino de ser luz y movimiento; campos fecundados; montañas rasgadas por los túneles; abismos vencidos por los puentes; ríos gigantescos cubiertos de embarcaciones; aguas fluviales cargadas, para provecho público, de bultos y de troncos; yacimientos aprovechados; minas que entregan al esfuerzo nativo sus prodigios de pedrerías y metales; ciudades nuevas que

brotan del corazón de los desiertos bravíos y esparcen hasta el litoral sus resplandores; mares llenos de flotas; talleres y fábricas e ingenios que exhalan humo; y caminos que se abren, que se encuentran, que se cruzan y que se prolongan, en una insatisfecha conquista de todos los horizontes, como mil brazos de tierra, que aproximan a los gauchos y a los miembros de mil tribus, a las gentes del litoral y a las de las apartadas selvas.

Y colmando el aire, atronando el aire, todos los diversos, bajos, estridentes, sordos, claros, cortos o largos clamores, silbidos, aullidos, gritos y trepidaciones del trabajo. Y subyugando todas las fuerzas—fuerzas desencadenadas por la ciencia o fuerzas del misterio que rige los destinos y la ac-

ción de la Fuerza, su síntesis: la Inteligencia.

Soñemos, en esta noche de ensueño, con ese mañana de fraternal belleza... Ese Brasil, unido, un Brasil sin brasileros en el destierro, fuerte por la devoción consciente y por el sacrificio consciente de sus hijos, todo él un solo impulso de realización evolutiva, todo él una sola tumultuosa colmena de ideal, y, bajo ella, en los días muy claros, el sonido de las trompetas y de los clarines, el paso de los batallones valerosos, bajo un cielo de purísimo azul; el arrogante tremolar de la bandera, "pabellón de la justicia y del amor"...

Estudiantes: Cuando yo aseguro, confío en ese próximo futuro brasileros. Y afirmo orgullosamente, fervorosamente: Creo en la juventud del Brasil!

(El Espectador. Bogotá).

Índice. — Los tres últimos títulos de las Ediciones BABEL, de Buenos Aires (Entre Ríos, 1585):

Alberto Gerchunoff: *Enrique Heine*. El poeta de nuestra intimidad.

Marco Aurelio: *Pensamientos*. Prólogo de Roberto Gache.

Ezequiel Martínez Estrada: *Argentina*. Poesías.

Señas de escritores. — Guillermo de Torre: Av. Quintana, 222. Buenos Aires, Rep. Argentina.

J. E. O'Leary: Peñalver, 24. Madrid, España.

Juan Marinello Vidaurreta: Aguiar y Empedrado. Deptos. 401-03-05-07. Habana, Cuba.

Joaquín Edwards Bello: Providencia 2046. Santiago de Chile.

J. M. Lago: Box 106. San Juan de Puerto Rico.

De la antigua sabiduría. —

De dos maneras se puede caer en injusticia: o con violencia, o con engaño: la primera es más propia de leones; la segunda de astutas raposas, y entre ambas muy ajenas de la geniosidad del hombre; pero más aborrecible la postrera. Mas entre todas las injusticias, ninguna es más perniciosa que la de aquellos que cuando más engañan es cuando más pretenden acreditarse de hombres de bien.

CICERÓN

(Los Oficios. Cap. XV, Lib. I).

Señalamos. — *Izquierda*. Revista de la nueva generación uruguaya. Director: Juan M. Filartigas. Dirección: 25 de mayo, 296. Montevideo, Uruguay. Entregas recibidas: 1 y 2 del año I. ¡Perseverancia, jóvenes!

Índice. — L. E. Nieto Caballero: *Frente a los Jesuitas*. Bogotá. Editorial MINERVA.

Un proyecto loable. — «Estoy empeñado en realizar a principios del año próximo una

Exposición del libro americano en Buenos Aires. ¿Por qué no pone en su *Repertorio* unas líneas anunciándola? Necesito que cada autor americano me envíe dos ejemplares de sus últimas publicaciones. No importa que no se vendan. Que se vean siquiera en Buenos Aires. Ya es bastante.

«Lo tendré al tanto de esta iniciativa, porque pienso hacer una pequeña experiencia antes. Con todo, le escribiré a aquellos escritores de domicilio conocido para que me envíen sus libros a *Babel*. Porque también

pienso dedicar un número extraordinario de *Babel* a esta iniciativa.

SAMUEL GLUSBERG

S/c: Rivera Indarte 1030. Buenos Aires. República Argentina

Fragmento de carta.

Una escritora cubana de todas nuestras simpatías, en carta de La Habana, y 2 de enero de 1928, nos dice:

«En Cuba, comenzará el año con la celebración de la mascarada máxima de América: la Conferencia Pan-Americana. Coolidge se hospedaría en el Palacio de la Presidencia. Vázquez, de Santo Domingo, a quien no se le ofreció igual honor, ha desistido de venir. Delicioso. Pero todos los periódicos de América,—las excepciones son tan escasas que no cuentan—siguen llamando BANDOLERO a Sandino. ¡Qué le vamos a hacer!»

Haya Delatorre nos ha puesto este cablegrama:

Mexico City, 23.—(Night letter)

Wlt Joaquín García Monge

San José

Deseoso pasar ésa. Agradecería decirme si posible obtener invitación Universidad o Conferencias pagadas sufragar gastos. Abrazos.

HAYA DELATORRE

Respuesta:

Circunstancias desfavorables proyecto suyo.

Direcciones. — La de Díez Canelo: Antonio Maura, 20. Madrid, España.

La de Rosalina Coelho Lisboa: Paysandu 55. Río de Janeiro, Brasil.

Sabemos que *alguien* las necesitará; por ello las damos.

Tablero

—1928—

REVUE DE L'AMERIQUE LATINE

Aparece el 10. de cada mes

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispano-americanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará a conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispanoamericanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosa y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

SUSCRIPCIONES

al Extranjero: (Países que conciben la tarifa reducida): un año, \$ 2.40 o £ 0-10-0

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año \$ 2.60 o £ 0-10-8.
Redacción y Administración,
4, Boulevard de Courcelles.—Paris (17^e).

Revista Ariel

Autonomía Patria, Letras, Ciencias, Misceláneas.

Director: Froylán Turcios.

Aparece el 1.º y 15 de cada mes en cuadernos de 20 páginas.

Tegucigalpa Honduras
Centro América.

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Calle 60 N.º 682

La Plata, Rep. Argentina

Página lírica

de G. Castañeda Aragón

= Del tomito a publicar, *Jazz* =

Baño

Es, en tierras de sol, agua que apaga
las fiebres del camino,
y el camino
su cuerpo en desnudez, ardiente y seco,
dá al agua, como a un tálamo.

Más que la verde lluvia
de las hojas, cuando herido el árbol
lo baña en fronda fresca,
esta agua del camino
lo unge todo de agreste primavera.

Soplos

El viento que aquí llega tiene soplos
húmedos de montaña,
y, aunque ha pasado por el mar,
no es acre.
En una misma ráfaga
hay cantos de vendimia
y hay cantares
robados en los puentes de las barcas.

Hogueras

Iluminación de los montes.
Hogueras
en la noche.
Fuego en que se tuestan las estrellas,
las estrellas
que al alba,
pondrán en leche los pastores.

Fuente

Agua de dormida fuente
en que al fugar de la tarde
hay un temblor tan silente!

Agua de lamento mudo
que vierte el grifo de jade
por entre un seno desnudo!

Agua de dulce destino
que ni vé el sol que renace
ni ha de aguarnos nuestro vino!

Tramonto

El sol en los esteros desolados
funde su antiguo bronce de tragedia
y un perfil de montaña horada el cielo.

Los campos oyen el silencio casto
del tramonto.
Serenos, igual, el río,
se lleva, como un sueño, ese silencio.

Tumba

Manos de náufragos
en un jardín, bajo el mar,
trenzaron la salobre corona
que esta mañana unos marinos,
al zarpar,
dejaron sobre un túmulo, en la playa.

Mañana

Oveja, la más blanca del rebaño,
sonando su cencerro
diáfano,
baja del monte la mañana.

Vacar

Tardos días del vacar
entre libros extraños
y sin agua de mar.
Las mismas callejas,
la misma nota el bar,
el parque, la avenida.
Nadie venga a tocar
mi puerta. Desconozco
las voces del azar.

Geórgica

Quisimos elevar nuestras voces
por sobre el silencio de los árboles,
pero el sol maduró aquellas palabras
que descendieron
a nuestras manos grávidas.

Aldea

Los rojos tejados
enrojecen el lago.
Aldea al margen de un lánguido espejo
ciego de agudas sombras de piraguas.

Emigrante

El emigrante baldado,
frente al mar,
piensa en la vara del prodigio
bíblico:
Abrir un camino
por entre las olas
y, cantando, regresar!

Campana

Campana de la sierra,
tan alta como una oración.
Regocijada es la campana.
El labrador en las quiebras la oyó.
Zumbar de abejas en los árboles altos
su clamor.

San José de C. R. 1928.

EN uno de los editoriales que *El Sol* de Madrid dedicó recientemente a comentar la San Bartolomé de Octubre ordenada por el general Calles, se emitía este juicio: «Desde el momento en que Adolfo de la Huerta se pone en armas, hay que recordar que sus soldados, como los de tantas otras partidas reaccionarias, se pagan con dólares de Washington. Es ésta una manifestación que puede hacerse explícitamente, ya que no faltan testimonios».

Yo bien sé que el gran diario madrileño aborda siempre con admirable simpatía cuanto se refiere a las naciones hispano-americanas y, muy en particular, a México. Sé, asimismo, que si tal simpatía yerra a veces, ello se debe tan sólo—no otra cosa demuestra el editorial que cito—a un conocimiento de los hechos no bastante eficaz. Pero justamente porque esto es así, quienes estamos mejor enterados incurriríamos en deslealtad si no llamásemos en el presente caso la atención de *El Sol* sobre las verdaderas posiciones que ocupan el grupo Obregón-Calles y sus enemigos respecto del gobierno norteamericano. Ha de tomarse en cuenta, además, que nada hay de extraño en que un periódico que asiste con espíritu generoso a los conflictos de México se vea ahora inducido a mal interpretar éstos. El gobierno del general Calles, torpe en todo—salvo durante sus primeros meses de gestión—descuella a gran altura en punto a propaganda. Sin escrúpulos ningunos en el mentir ni en el gastar, ha conseguido que se le tenga fuera de México por algo que no es, sobre todo, por representante de una fuerza política que los Estados Unidos querían echar por tierra valiéndose de la fuerza contraria.

Pura fábula gruesa y vulgar, por supuesto; fábula sin otra explicación que los gritos descompuestos y embusteros con que el grupo Obregón-Calles trata de ocultar el hecho histórico de que su poder nace con el apoyo del gobierno de los Estados Unidos, y de ese apoyo vive. Y para que no le quepan dudas a *El Sol* acerca de la materia, le haré un breve relato—el relato que debieran escuchar y repetir cuantos hispano-americanistas crean en la necesidad de señalar para siempre a los ambiciosos y farsantes de este tipo: los que, de una parte,

A quién ayuda Washington

= De *La Prensa*. San Antonio, Texas =

figen enfrentarse—porque se logra así fácil aureola—con el imperialismo norteamericano, y, por la otra, van a entregarlo todo a la Casa Blanca en cuanto pelagra el objeto de sus ambiciones o su seguridad personal.

El relato es de transparencia de cristal de roca. Al estallar contra los generales Obregón y Calles el movimiento delahuertista de 1923, el primero de ellos—entonces presidente—se apresuró a buscar para su causa el apoyo de los Estados Unidos, mandando a Washington, con ese fin, al señor don Ramón Ross. El señor Ross era el indicado para lograr lo que se quería, pues acababa de representar al general Obregón en las conferencias celebradas poco antes en México con los delegados norteamericanos Mr. Warren y Mr. Payne para llegar a un acuerdo que permitiese al gobierno de los Estados Unidos reconocer al de México. En Washington el señor Ross habló con Mr. Warren, y, después de varios días de negociaciones con el Departamento de Estado y la Casa Blanca, concluyó un convenio digno de cualquier Chamorro. Se estipulaba en el convenio que el gobierno de los

Estados Unidos le abriría un crédito al gobierno del general Obregón, que le proporcionaría a éste armas y municiones para combatir a De la Huerta, y que impediría a los delahuertistas adquirir armas y demás pertrechos en territorio norteamericano. Por su parte, el general Obregón se comprometía a poner en obra la interpretación dada, en las conferencias de México, a los artículos revolucionarios de la constitución de 1917; garantizaba que el general Calles respetaría también esta interpretación, y se obligaba a conseguir que el Senado mexicano ratificase desde luego las convenciones para la creación de los tribunales mixtos que fallarían, en consonancia con la interpretación constitucional convenida y el derecho de gentes, las demandas de Norteamérica.

Es público y notorio en México y en los Estados Unidos—lo confirmará *El Sol* con un pequeño esfuerzo—que el general Obregón recibió el apoyo financiero prometido por Washington, así como los rifles, pistolas, cartuchos y aeroplanos con que derrotó a los delahuertistas. Nadie hasta ahora ha pre-

tendido negar estos hechos. Y es también público y notorio que el general Obregón se esforzó por cumplir el compromiso contraído para salvarse, no obstante que eso suponía el abandono de todo radicalismo revolucionario y una lucha difícil con la mayoría del Senado. Particularmente lo último constituyó un serio obstáculo, pues los senadores adictos al espíritu cabal de la constitución se negaron a conceder, dirigidos por su jefe el senador Field Jurado, lo que Obregón prometiera y se mostraron inflexibles. Obregón, empero, no podía, sino a costa de grandes riesgos personales, eludir el cumplimiento del pacto; por lo que la ratificación senatorial hubo de obtenerse al fin con el auxilio de recursos extremos: el senador Field Jurado fué muerto a balazos, en pleno día, por varios individuos que nunca comparecieron ante ningún juez; la mayoría de la cámara fué deshecha por medio de secuestros y otras violencias. De entonces data la famosa renuncia que José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública, envió al general Obregón, y en la cual decía no querer hacerse cómplice de los crímenes que se estaban cometiendo.

Si además de este relato—cuya autenticidad no se atreverá a negar ninguna persona medianamente enterada de las cuestiones mexicanas—fuera preciso exhibir constancias oficiales para demostrar a *El Sol* que fué Obregón, y no de la Huerta—y Obregón quiere decir también Calles—quien tuvo el apoyo de los «dólares de Washington», bastaría sin duda esta sola: en su discurso pronunciado durante el banquete de la United Press Association, el Presidente Coolidge declaró, el 25 de abril de 1927, lo que sigue: «En el invierno de 1923 a 1924 estallaron en México actividades revolucionarias que probablemente hubieran derrocado al general Obregón, a no ser porque nuestro gobierno le suministró, a crédito, armas y municiones y le dió la ventaja de nuestro apoyo moral para que pudiera mantenerse en su puesto».

Ve, pues, *El Sol* que el señor De la Huerta y sus compañeros de lucha están muy lejos de merecer el juicio emitido en el editorial del 12 de octubre y que el grupo Obregón-Calles no agota—ni representa siquiera—el patriotismo mexicano, re-

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Ramón y Cajal: <i>Pensamientos escogidos</i>	¢ 1.25
Goethe: <i>Memorias de mi vida</i> . 3 vols.....	5.00
E. Dostoyevsky: <i>Los endemoniados</i> . 3 vols.....	5.50
Le Sage: <i>Historia de Gil Blas de Santillana</i> . 3 vols.....	5.50
Silvio Pellico: <i>Mis prisiones</i>	1.50
Hugo de Barbajelata: <i>Una centuria literaria</i> . (Poetas y prosistas uruguayos).....	7.00
Juan de Bonnefón: <i>El Cantar de los Cantares que trata de Salomón</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos).....	2.00
Alberto Masferrer: <i>Ensayo sobre el Destino</i>	1.50
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
M. Magallanes: Moure: <i>Florilegio</i>	2.00
José María Chacón y Calvo: <i>Hermanito menor</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	2.00
Alberto Masferrer: <i>Una vida en el cine</i>	1.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	1.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón).....	1.00
<i>Savitri</i> , episodio del <i>Mahabhárata</i>	1.00
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	1.00

Equivalencia: ¢ 4 = \$ 1. oro am.

volucionario o conservador. Fuera de ellos, y contra ellos en no poca parte, existe en México un conjunto de aspiraciones políticas—nacionalistas y generosas—que se afanan por imprimir a la vida pública y económica del país las modalidades viables que Obregón y Calles no encuentran. Y esas aspiraciones, y quienes las encarnan, tienen voz digna de que se oiga, por lo menos para entender bien la marcha de los acontecimientos mexicanos. De otro modo, las mejores intenciones de ayudar a México—tales son de seguro las que abraza *El Sol*—se frustrarán sin remedio. Porque el hecho de que un periódico amigo y sincero identifique todos los actos del actual gobierno de México—igual los buenos

que los malos—con los intereses permanentes del pueblo mexicano, supone el privar a éste del mejor servicio que podría hacersele a distancia: criticar a sus políticos con amistosa severidad. Puede decirse esto más: no sería remoto que semejante actitud se trocara, de benéfica por sus intenciones, en nociva por sus efectos, ya que no en balde se es benévolo con los malos actos de los gobernantes. Así ocurre en estos días, en que algunos periódicos liberales de España, movidos en falso por sentimientos afectuosos hacia México, justifican, y aun aplauden, las horribles ejecuciones de políticos mexicanos, a quienes se pasa por las armas, fuera de toda ley, con el pretexto de una sublevación inexistente.

Martín Luis Guzmán

Madrid, octubre de 1927.

El histrionismo literario

(Véase la entrega anterior)

EN la ostensible y ruidosa simpatía de Bernard Shaw por el fascismo hay—como vimos en el artículo anterior sobre este tema—una antigua actitud antidemocrática, que por las trazas desconocían sus impugnadores. Actitud que Shaw reitera inequívocamente en su carta de octubre a Federico Adler al afirmar que “el idealismo democrático del siglo XIX está como una rata muerta”. La rata viva es la idea del superhombre, como gobernante de pueblos.

Pero esa simpatía intelectual no agota los motivos de la adhesión de Bernard Shaw al fascismo. Si sólo fuera eso, el dramaturgo irlandés simpatizaría también con la dictadura rusa, tan antidemocrática por lo menos como la italiana, y es notorio que el comunismo de Rusia no le ha inspirado idéntico entusiasmo. Al contrario, en más de una ocasión le ha zaherido con sus invectivas. De modo que sólo su aversión a la democracia no basta para explicar sus proclividades fascistas.

Salgamos, pues, de la órbita de las ideas y ahondemos un poco en la psicología de Bernard Shaw. Es la psicología típica del hombre de letras o, en términos más generales, del artista. Los rasgos más característicos de esta variedad humana pueden reducirse a dos: a una morbosa apetencia de exhibición personal y al hábito estético de que-

rer justificarlo todo, de verlo todo en su trágica necesidad, prescindiendo de toda valoración ideal y de todo relativismo histórico, como fuentes del Derecho. El artista—aludo a la regla, no a las excepciones—es, esencialmente, histriónico y antijurídico.

En ninguna parte el artista y especialmente el escritor necesita gesticular tanto como en Inglaterra para ser atendido por la sociedad. En Francia, como hace poco señalaba José Ortega y Gasset, el escritor, por el simple hecho de serlo, vive en una constante atmósfera de homenaje, como si el pueblo francés presintiera que la actividad literaria es, más que la política y que todas las otras, el medio más seguro de supervivencia colectiva; cada francés se siente incorporado para el resto del mundo y para la posteridad en la gloria de sus hombres de letras. De ahí el mimo con que los trata y los fabrica.

En Inglaterra—lo esbozaba también Ortega y Gasset—, la literatura es una de tantas actividades subalternas en la vida social, desde luego inferior, jerárquicamente, a la política y a la económica. Para que un escritor ocupe el centro de la atención pública no le bastará escribir versos, comedias, novelas o ensayos, por geniales que sean. Le será preciso, además, encaramarse a las columnas de los periódicos y a las tribunas de

la conferencia y el mitin para lanzar opiniones imprevistas que hieran, contradigan o ridiculicen el acervo mental del buen hombre de la calle, que allí, en cuanto a inteligencia, lo es casi todo el mundo. La ideación del inglés medio es tan lenta y menguada, que le llena de exultante sorpresa averiguar que hay otros ingleses o acaso irlandeses—grandes explotadores éstos de semejante situación nacional, desde Swift hasta Wilde y Bernard Shaw—que sostienen ser erróneo o nefando lo que él había admitido como cierto y excelente. La abundancia y la gloria de los paradojistas ingleses se debe a que ningún otro pueblo es tan incapaz como el británico de pensar por su cuenta una paradoja.

Esta es la razón del éxito de Bernard Shaw en Inglaterra: no lo específico de su teatro, sino su gran talento paradójico y satírico, tan grato a una nación de parsimonioso discurso y de convicciones públicas y privadas tan firmes, que los ataques y vayas de los humoristas, lejos de irritarla, como les ocurre a los vacilantes, la entretienen y fortifican, como en otro tiempo los bufones a los reyes. Cuarenta años de estarle diciendo al cándido y a la vez socarrón público británico: “Voy a demostrar que la esfera no es redonda”, o ingeniosidades parecidas, le han creado a Bernard Shaw un poder escenográfico que ningún otro escritor alcanza, ni dentro ni fuera de Inglaterra. Cuando sube al tablado, ya se sabe, todos los ingleses, la oreja aizada y la sonrisa en los ojos avizores, esperan algo sensacional. ¿Y qué más sensacional que una apología del fascismo en la patria más auténtica del liberalismo y la democracia históricos? Sus viejos lugares comunes contra la democracia tradicional, aunque abillantados con su chispa epigramática, habían caído en el vacío hasta ahora. Pero la aplicación de esos lugares comunes a un caso concreto de la historia ha concentrado en él de pronto la atención de toda Inglaterra y parte de Europa. Yo creo sinceramente que Bernard Shaw se ha propuesto, tanto como defender a Mussolini, recordar a los ingleses que, no obstante su silencio de estos últimos años como dramaturgo, no ha muerto todavía.

Y no me extrañaría que este leve escándalo polémico fuese un preámbulo o preparación del público para algún próximo estreno.

Además, en el fondo de su glorificación del fascismo hay un sentimiento de gratitud a Italia. La necesidad de estar constantemente en escena es indicio de aguda vanidad femenina, de ser muy sensible al aplauso. Sólo los grandes espíritus retraídos, amigos de la inhibición, permanecen indiferentes al éxito inmediato, seguros de que rara vez es ésa la última palabra de la Historia. Bernard Shaw, cuya aflautada voz tanto me sorprendió la primera vez que le oí—y la voz es muchas veces el signo de un temperamento—, no pertenece a ese linaje de almas orgullosas. Le gusta desmesadamente la gloria contemporánea. Italia ha sido generosa con su teatro, más que ningún pueblo del Continente, después de Alemania. Esto obliga mucho, sentimentalmente, al dramaturgo. Un pueblo que se interesa por sus comedias ha de ser un pueblo inteligente, hasta en política. Y el gobernante a quien ese pueblo sostenga o por lo menos tolere, tampoco puede ser un quidam. Luego se explica la admiración de Bernard Shaw por Mussolini.

Como se explicaba su admiración por Alemania, al estallar la guerra de 1914. Su teatro allí era acaso más popular que en la propia Inglaterra. Hubo comedias suyas que se estrenaron en alemán antes que en inglés. El hecho es que, en plena guerra, Bernard Shaw defendió a Alemania como nadie, fuera de los mismos alemanes. Y el procedimiento de entonces se parece mucho al de ahora, en su defensa del fascismo: declarar que cualquier acusación de los otros pueblos y sistemas políticos contra Italia la puede destruir Mussolini con un *tu quoque*, ¡tú también! Equivalente, en español, al más castizo: ¡Todos somos unos!

Pero esta actitud está ya fuera del histrionismo y de la vanidad. Es el criterio estético aplicado a la política, que es el mundo del Derecho. Aquí es donde el artista confunde una rata viva con un superhombre. Y donde por querer tener una visión trágica de la realidad histórica, se hace su siervo.

Luis Araquistain

(*El Sol*, Madrid).

LA empresa de entrevistar a Enrique Díez-Canedo no es, ciertamente, de las más fáciles. No es que el escritor peninsular rehuya la entrevista. Su amabilidad exquisita no tiene sino benevolencias para quien interrumpe su descanso y quiere, a toda costa, arrancarle una palabra. La dificultad consiste en encontrar algo que no se haya preguntado al distinguido crítico. Hace más de diez días que a Díez-Canedo lo entrevistan periodistas de todos los diarios argentinos y chilenos. En estas mismas columnas se han publicado ya más de dos y más de tres conversaciones con el autor de *Galería de retratos*.

¿Qué decirle que no le haya sido dicho? ¿Qué aspecto de la literatura española y americana tratar, que no haya sido tratado ya?

Tales son las reflexiones que me atormentan cuando me dirijo al Ritz Hotel, donde se alberga el señor Díez-Canedo. Y esas son las preguntas que me hago cuando lo espero, por breves instantes, en un vestibulo en que los azulejos y las plantas recién regadas alivianan la atmósfera del día que se anuncia caluroso.

Don Enrique Díez-Canedo es un hombre de mediana estatura, algo grueso, de fisonomía simpática y abierta. Unos lentes cabalgan sobre sus narices. El pelo, corto, blanquea ya junto a las sienes y en torno a las orejas, y por su color da la impresión, cuando el escritor lleva sombrero, de pertenecer a hombre de más edad que la que legítimamente le corresponde. Una elegancia sencilla completa su aspecto insinuante.

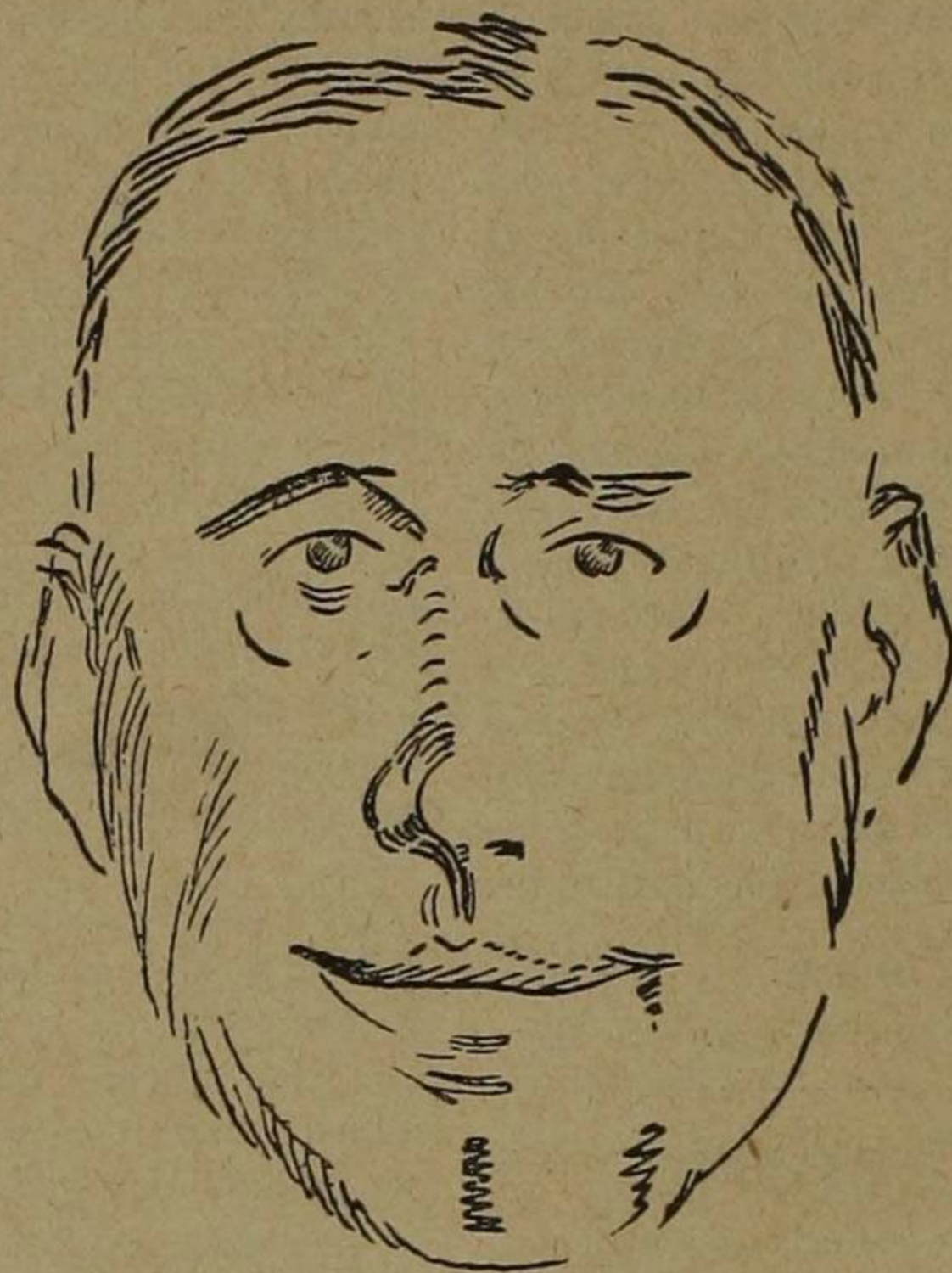
Luego, sentados ambos en un sofá de baqueta que decora con su línea severa el rincón de un corredor convertido en saloncillo de recibo, dirijo al crítico de la generación del 98 mis preguntas iniciales:

—Me interesa saber algo de los libros que usted ha anunciado publicar. Por ejemplo, su obra sobre Rubén Darío, ¿cuándo va a salir?

—Mi propósito, ya viejo, de escribir un libro sobre Rubén Darío, con carácter anecdótico y biográfico, ha cambiado enteramente—me dice Díez-Canedo.—El poeta fué hombre que vivió en muchos países y trató a multitud de gente, de modo que hacer una biografía suya resulta empresa difícil y expuesta a recifificaciones. Durante años yo he

Una hora con Enrique Díez-Canedo

Poeta, escritor y crítico



Enrique Díez-Canedo

estado acumulando material para hacer este libro, pero ya no lo voy a hacer. En efecto, hace poco me encontré en París con un compatriota de ustedes, Francisco Contreras, que me confesó tenía el deseo de hacer un libro sobre Rubén. Lo detenía el anuncio del libro mío. Le dí entonces todas las seguridades de que yo no haría tal obra y le cedí los derechos que yo pudiera tener para hacerla. De modo, pues, que ese libro sobre Rubén será publicado por Contreras, que también fué amigo de Darío y que cuenta con documentación abundantísima sobre el poeta.

»Yo fuí amigo de Darío, pero no su compañero, de manera que para completar algunos de los detalles más importantes de su vida debería emprender un trabajo muy prolongado. En cambio, me interesa mucho más estudiar a Rubén Darío desde el punto de vista estético. Hay mucho que aprender en su poesía. El capítulo de su influencia en la moderna literatura española me parece importantísimo para quien quiera seguir las principales vicisitudes de nuestra lírica. La influencia de Rubén es comparable a la de la arquitectura americana en alguna ciudad española como Cádiz. Yo no conocía a Cádiz hasta que debí,

hace un mes, tomar en ella el vapor que me había de traer a América. Pues bien, en Cádiz hay algunos edificios en los cuales se advierte la huella de la arquitectura americana, que es, en cierto modo, arquitectura española en sus líneas fundamentales, pero en la cual se han introducido motivos *criollos*. Lo mismo ha pasado con Rubén. Se formó en el conocimiento de las letras españolas, pero llevó a ellas algo nuevo, algo americano. Tal es el sentido de su influjo en nuestra lírica».

—Se ha anunciado su participación en la *Historia de la Literatura Española* que publicará Espasa-Calpe bajo la dirección de don Ramón Menéndez Pidal...

—Sí, señor; he sido encargado de la parte americana, y para ella deseo que me ayuden todos mis buenos amigos americanos. Los detalles de esta publicación no me son conocidos aún. Pero me parece seguro que abarcará unos diez o doce o más volúmenes. Colaborarán allí todos los investigadores literarios, críticos y filólogos que se han agrupado en torno a don Ramón Menéndez Pidal, en el Centro de Estudios Históricos. Secretario de la obra será Pedro Salinas, uno de los jóvenes eruditos más interesantes y prometedores de España. Colaborarán Américo

Castro, a quien los chilenos ya conocen; Tomás Navarro Tomás, Dámaso Alonso y algunos más.

—¿Cuándo empezará la publicación?

—Seguramente dentro de unos dos años. Estos detalles, como le digo, no han sido fijados aún, porque la materia es larga y hay que distribuirla a conciencia, a la vez que dar tiempo a los colaboradores para preparar sus trabajos.

—Hace mucha falta una Historia de las letras españolas. Las que aquí conocemos son insuficientes, o indignas de crédito, o injustamente apasionadas.

—En efecto—me dice Díez-Canedo,—es este un ramo en que la cultura española está muy pobre aún. Una de las mayores dificultades que ha habido que vencer es la editorial. Muchas veces se ha proyectado hacer esta obra; pero sólo ahora ha podido contarse con alguna seguridad. Mientras tanto, hemos debido conformarnos con la historia de Cejador y con algunas más, todas igualmente incompletas.

»Yo confío en obtener en Chile las publicaciones y los informes necesarios para la parte chilena de mi trabajo, aún cuando mi estancia entre ustedes va a ser desgraciadamente algo breve».

Pregunto en seguida a Díez-Canedo algunos datos de su vida.

—Nací en 1879 y no en 1873, como dice cierto texto que corre con apariencias de seriedad. Soy padre de cuatro hijos y vivo habitualmente en Madrid. Soy catedrático en la Escuela de Artes y Oficios y en el Instituto de Idiomas. Escribo en *El Sol*, donde hago regularmente la crítica teatral, y en *La Voz*, donde entre otros trabajos redacto una sección titulada *La cena de las bur-las*. Esta sección es continuación de otra que se llamaba *Panorama grotesco* y que aparecía en *España*, periódico que ustedes deben haber conocido en Chile. Fué éste un órgano de publicidad que cumplió una labor de mucha importancia. Duró diez años, que es vida muy larga para publicaciones de su género, y cesó de publicarse poco después del movimiento encabezado por el general Primo de Rivera. Ya en sus últimos números hay muchas columnas tachadas por la censura.

—«Hace mucha falta—agrega el escritor—una buena revista

(Pasa a la página 45)

UN día me dijo don Leopoldo Lugones, con frase casi textual: «Glusberg será un gran novelista y es, entre los jóvenes, el que mejores cuentos escribe en América». Esta apreciación del gran poeta argentino dista mucho de ser un estímulo o halago para el novel escritor. Lugones no gusta de halagar a nadie, y si a veces estimula con sus críticas entusiastas la aparición de un nuevo valor literario, es porque está convencido que a la larga no lo defraudará su vaticinio, aunque llegue a ser el elogiado, como tantos otros, su más acérrimo enemigo y negador de su obra e influencia de maestro. Samuel Glusberg es el temperamento más inquieto y avizor de cuantos he conocido. Es temible cuando se trata de ridiculizar a alguien, posee el don sobrenatural y sutil del humor. Aplica el adjetivo justo y caústico y su visión psicológica es muy honda y certera. Siempre recordaré una página suya sobre Tagore, cuando éste visitó la Argentina, donde la solemnidad ambigua del poeta hindú quedó caricaturizada con aguda maestría, con todo y su túnica y barbas respetabilísimas... o quizás por la misma hilaridad que estas cosas arcaicas despiertan en los jóvenes de América. Glusberg posee un finísimo sentido crítico. Bajo el pseudónimo de Enrique Espinoza nos da muy a menudo informaciones amenas y eruditas sobre libros y hombres. Comentarios jugosos son los suyos sobre la *Antología de Noé*,



Notas sobre Samuel Glusberg

(Arca de Noé la llama) y el sagacísimo estudio sobre la última novela de Larreta, *Zogobi*; es de los pocos críticos que no se han dejado impresionar con la réclame hecha al folletín del autor de *La gloria de don Ramiro*. Con frecuencia, no la suficientemente asidua como fuera de desear, publica en las revistas estudios bibliográficos sobre literatura alemana, rusa, francesa, etc., de las que es profundo conocedor. Su *Esencia de Lecturas*, expo-

sición sintética extractada de los libros antiguos y modernos, constituye una de las innovaciones más originales y acertadas que ofrece Glusberg al apresurado público lector de revistas. En fin, su ojo siempre está alerta sobre el panorama de la literatura mundial, en su afán de vivir al día en lo concerniente a la cultura mental. Glusberg es un profundo observador de la vida. Y converge especialmente su atención hacia el *Gheto* porteño, fácil-

mente asequible para él, que en sus venas corre sangre isrraelita, pero que resulta un enigma para cualquier observador, por más perspicaz que sea. En su único volumen de cuentos que hasta hoy ha publicado, *La Levita Gris*, nos da un conjunto de narraciones donde su honda observación nos transcribe sus afortunadas incursiones por la vida y costumbres de los judíos porteños; sus relatos son de jovial amenidad y los dramas más intensos se desarrollan sin teatralidad cursi. Este libro será de gran trascendencia en la historia literaria argentina. Es la más patética y minuciosa documentación sobre una raza que tanto ha contribuido a la grandeza espiritual y económica de la República Argentina. Glusberg, sin preocupaciones raciales ha escrito páginas magistrales sobre los judíos.

Glusberg, después de Arturo Cancela, es el humorista porteño más genuino.

Samuel Glusberg ha desarrollado sus actividades en otro ramo estrechamente ligado con las letras. Es editor. Fundó y dirige la EDITORIAL BABEL, que presenta los libros de los mejores escritores argentinos y americanos. Sanín Cano le ha hecho el honor de enriquecer esta colección con un volumen, el primero que se decidiera a publicar, *La civilización manual*. Primicia literaria ésta de resonancia mundial que la EDITORIAL BABEL ofreció a su público selecto.

(Pasa a la página 47).

EL asesinato de su primero y único varoncito en el pogrom de Kischinev, más el nacimiento anormal de una segunda criatura, a causa de los trastornos que durante la matanza sufrió la madre, fueron causas harto suficientes para que Abraham Petacóvsky, dejando su oficio de *melámed*, (preceptor de hebreo), se decidiera a emigrar de Rusia. Dirigióse en un principio a los Estados Unidos (la América por excelencia de los judíos de ayer y yanquis de hoy). Pero, ya en Hamburgo, vióse obligado, por razones diplomáticas—según bromeó después—a cambiar de rumbo. Y en los primeros días de noviembre del año 1905 llegaba, con su mujer y las dos nenas, a Buenos Aires.

Mate amargo

=Del tomo *La Levita Gris*, cuentos judíos de ambiente porteño, por Samuel Glusberg, EDITORIAL BABEL. Buenos Aires. 1924.=

A Leopoldo Lugones

Abraham Petacóvsky era un judío pequeño, simpático, con el aire inteligente y dulce de las personas amables. Sus ojillos claros, amortiguaban hasta la palidez cadavérica, el rostro alargado por una barba irregular y negra. La nariz, de puro estilo hebraico, parecía caérsele en la boca de gruesos labios irónicos. Aunque no contaba más de treinta años, su aspecto era el de un viejo. Por eso, tal vez, sus parientes de Buenos Aires llamáronlo tío Petacóvsky,

—contra la voluntad de Jane Güitel, su esposa, una mujer, fidelísima, tan devota como fea, pero de mucho orgullo. De tanto, que no obstante haber pasado con el tío Petacóvsky años difíciles, lamentaba siempre el tiempo antiguo en *nuestra* Rusia. Y resignada en sus veintisiete años escasos, fincaba toda su esperanza en las dos criaturas que habían sobrevivido a los horrores del pogrom: Elisa, de siete años, y Beile, de uno apenas.

No se arrepintió el tío Petacóvsky de su arribo a la Argentina. Buenos Aires, la ciudad acerca de la cual había tenido tan peregrinas noticias en el buque, resultó muy de su agrado. Esperábanlo en el viejo Hotel de Inmigrantes dos cercanos parientes de la mujer y algunos amigos.

Gracia a ellos—a quienes ya debía parte del pasaje—logró instalarse en seguida bajo techo seguro. Fue en una pieza subalquilada a cierta familia criolla en el antiguo barrio de los Corrales. Para instalarse allá, tanto el tío Petacóvsky, como su mujer, tuvieron que dejar a un lado escrúpulos religiosos: resolverse a vivir entre *goim*.

Jane Guítel, por cierto, resistióse un poco.

—Dios mío!—clamaba.—
¿Cómo voy a cocinar mi pescado relleno junto a la olla con puerco de una cristiana?

Pero cuando vió la cocina de tablas clavada frente a la pieza, como garita de centinela junto a una celda, no tardó en conformarse. Y la adaptación vino rápida, por cuanto la facilitaron los dueños de casa en el respeto a las extrañas costumbres de los judíos, y en el generoso interés por ellos.

La misma discreta curiosidad que los criollos mostraban por la forma rara con que *la rusa* salaba la carne al sol, y el tío Petacóvsky guardaba el sábado, la sentían los recién llegados por las manifestaciones de la vida argentina. De aquí que a los pocos días, ya todos se entendieran por gestos, y Jane Guítel fuera rebautizada con la traducción de Guillermina, por su segundo nombre, y el apelativo doña en lugar del primero.

Por su parte, el tío Petacóvsky aprendía a tomar mate sin azúcar, con los hijos de la patrona: dos buenos y honrados muchachos argentinos. Y aunque, como gringo legítimo, les daba las gracias después de cada mate, no suspendía hasta el séptimo; pues encontraba al mate sin azúcar las mismas virtudes estomacales que su mujer atribuía al té con limón.

Después del mate amargo, las alpargatas criollas constituyeron el descubrimiento más a gusto del tío Petacóvsky. Desde la primera mañana que salió a vender cuadros, las encontró insubstituíbles.

—Sin ellas—juraba—jamás habría podido con ese endiablado oficio—tan de judío errante sin embargo—que le proporcionaron sus parientes.

Las alpargatas criollas y el mate amargo fueron los primeros síntomas de la adaptación del tío Petacóvsky. Pero la prueba definitiva, la evidenció dos meses más tarde, concurrendo al entierro del general Mitre. Aquella imponente manifestación de duelo popular, lo conmovió hasta las lágrimas, y durante muchos años la recordó como la expresión más alta de una multitud acongojada por la muerte de un patriarca.

A fuer de israelita piadoso, el tío Petacóvsky sabía de gran-

des hombres y de grandes dueños.

* *

Ya dijimos que el buen hombre comenzó su vida de porteño ofreciendo cuadros por las calles de Buenos Aires. Pero no sabemos si el lector, por haber visto alguna vez una figura de talmudista metida entre dos parejas de estampas evangélicas, sospechó que nos referimos a cuadros religiosos. Sin embargo, la cosa, además de pintoresca, es importante y hasta tiene su historia.

Vender estampas de santos, era en 1906 un negocio recién iniciado por los judíos de Buenos Aires. Hasta entonces los israelitas que no vinieron para trabajar en las colonias agrícolas de Entre Ríos o Santa Fe, se dedicaron a vender a plazos: muebles, joyas, trajes, pieles... Todo, menos cuadros. El tío Petacóvsky fué tal vez el número uno de los que salieron a vender estampas a plazos. Y si es cierto que no resultó el más afortunado (no hay ahora ninguna marca de cuadros Petacóvsky) fue en su tiempo el más eficaz.

Dueño de un innato gusto eclesiástico, el tío Petacóvsky sabía recomendar sus láminas. En su rara lengua judaico-criolla hallaba modo de hacer en pocas palabras el elogio de cualesquiera. Unas, por el tenue azul de los ojos de una virgen, otras, por el gesto derrotado de un apóstol. A cada cual por lo más impresionante...

Nadie como el tío Petacóvsky para explicar las virtudes de un San Juan Evangelista. Equivocaba, tal vez, desmemoriado, un San José con un San Antonio. Pero jamás olvidaba señalar un detalle de color, un rasgo patético capaz de entusiasmar a una María.

De lo que se lamentaba con frecuencia era de la escasez de su léxico. A cada instante veíase obligado a juegos de mímica moviendo manos, cara y hombros a un mismo tiempo... Con todo, sus ventas nunca fracasaron porque no le entendieran o porque él extendiera los recibos con los nombres de Josefa o Magdalena, en caracteres hebraicos, sino por la falta de religiosidad de las gentes.

Él, que era tan profundamente religioso hasta cumplir—no obstante su oficio—con las oraciones cotidianas y el sá-

bado sagrado, no se explicaba cómo habiendo tantas iglesias en Buenos Aires, eran tan pocos los creyentes. Por eso, cuando, a fuerza de recorrer la ciudad, comprobó que en la Boca era donde se congregaba mayor número de fieles, trató de formar su clientela entre ellos. Y en efecto, le fué mejor.

* *

Después de trabajar un año junto al Riachuelo, saliendo a vender casi todos los días—menos los sábados y domingos—el tío Petacóvsky pudo crear su clientela y dedicarse sólo a la cobranza y entrega de los cuadros que le encargaban directamente. Entonces saldó las deudas con sus parientes, obtuvo otra pieza en la misma casa de la calle Caseros, y planeó el negocio por realizar con los hijos de la patrona: negocio que consistía en asociarse a ellos para armar los marcos de las estampas y confeccionar los cuadros por cuenta propia.

Todo pudo realizarse gracias al espíritu emprendedor del tío Petacóvsky. Los dos muchachos criollos, que no fueron desde niños otra cosa que jornaleros en una carpintería mecánica, viéronse de pronto convertidos en pequeños industriales. Entretanto, el tío Petacóvsky dejó de ser vendedor ambulante, para dirigir el taller.

A su nombre, o más bien a nombre de la fábrica de cuadros Petacóvsky-Bermúdez, trabajaban varios corredores judíos. Además, muchos otros, colegas del devoto oficio, compraban allí sus cuadros para difundirlos en toda la República.

* *

Cerca de tres años trabajaron los hermanos Bermúdez en sociedad con el tío Petacóvsky. Como les fuera bien desde un principio, lo hacían con gusto y sin horario determinado. A las seis de la mañana ya estaban los tres en el taller, y se desayunaban con *amargos* y galleta. Luego, mientras los mozos preparaban las estampas encargadas, el tío Petacóvsky, que ya borroneaba en castellano, hacía las facturas y tomaba nota de las láminas que era necesario llevar del centro.

A la venta de estampas evangélicas, los fabricantes habían agregado, siempre por iniciativa del tío Petacóvsky, marinas, paisajes, frutas... y, en

gran cantidad, escenas del teatro shakespiriano: *Otelo*, *Hamlet*, *Romeo y Julieta*... A las ocho, cuando doña Guillermina, o Jane Guítel, despachaba a Elisa para la escuela, el tío Petacóvsky íbase de compras al centro. A pesar de que lo hacía casi todas las mañanas, los hermanos Bermúdez no dejaban nunca de bromear en las despedidas:

—Tío Petaca—le gritaban,—no se olvide de traerme una paisanita... Tío Petaca, yo la prefiero rubia, ¿eh?... Tío Petaca...

Pero el aludido no se enojaba. Con una comisura de ironía y superioridad en los labios, contestaba: Está *boino*. Pero no olviden los *noive San Antonios* para San Pedro.

Y salía riéndose, mientras los mozos, remedándole, gritaban:

—Cabayo bien, tío Petaca...

A Jane Guítel, desde luego, no le agradaban estas bromas. Cada mañana las oía, y cada noche se las reprochaba al marido, rogándole que se mudaran cuanto antes para evitar «tanta confianza».

—Una cosa—protestaba la mujer—es el comercio y otra la amistad. No me gusta que tengas tanta confianza con ellos. ¿Acaso han fumado ustedes en la misma pipa?...

En realidad lo que Jane Guítel concluía preguntando a su marido no era precisamente si había fumado en la misma pipa con sus socios, sino muy otra cosa. Pero, a qué repetirlo... Lo que molestaba a la mujer, sobre todo, era que los Bermúdez llamaran tío Petaca a su marido. Desde que Elisa iba al colegio, doña Guillermina averiguaba por ella el significado de cualquier palabra. Y aunque la chiquilla sólo cursaba el tercer grado, sabía ya expresarse correctamente en castellano, hasta el punto de no querer hablar el idisch ni con su propia madre.

Pasaron, no obstante, dos años más. Por fin, a principios de 1910, Jane Guítel pudo realizar su propósito de abandonar la calle Caseros. Una vez en claro el balance definitivo, la sociedad Petacóvsky-Bermúdez quedó disuelta, sin que por ello los socios quebraran su amistad. Después de tres años de trabajo, cada uno se retiraba con cerca de diez mil pesos. Los hermanos Bermúdez, con sus partes, resolvieron reconstruir

a vieja casa familiar y establecer en ella una carpintería mecánica. Mientras el tío Petacóvsky, que, a cambio de su parte en la maquinaria, conservaba un resto de la antigua clientela boquense, instalábase en una cómoda casa de la avenida Almirante Brown.

* *

Sabido es: de cien judíos que llegan a juntar algunos miles de pesos, noventa y nueve gustan instalarse como verdaderos ricos. De ahí que el tío Petacóvsky, que no era de la excepción, amueblara regiamente su casa, comprara piano a la pequeña Elisa, y con motivo del nacimiento de un hijo argentino, celebrara la circuncisión en una digna fiesta a la manera clásica. Era justo. Desde el asesinato del primogénito, en Rusia, el tío Petacóvsky esperaba tamaño acontecimiento... Igual que Jane Guitel, él había soñado siempre un hijo varón que a su muerte dijera el *kádisch* del recuerdo. El *kádisch*, esa noble oración del huérfano judío, que el mismo Enrique Heine recordaba en su tumba de lana:

Nadie ha de cantarme misa,
nadie *kádisch* me dirá.
Sin cantos y sin plegarias
mi aniversario fatal...

Pero dejemos la poesía y los poetas. No por tener *kádisch* (1), el tío Petacóvsky echóse a muerto. Al contrario, el feliz advenimiento de un «soldado argentino» en vísperas del centenario de 1810, le sugirió un negocio patriótico. Y con la misma fe y el mismo entusiasmo que el anterior, el tío Petacóvsky lo llevó a término. Tratábase en realidad del mismo negocio. Sólo que ahora en vez de estampas de santos, serían retratos de héroes, y en lugar de escenas shakespirianas, alegorías patrióticas.

Los hermanos Bermúdez, que seguían siendo sus amigos, lo informaron acerca de la historia patria, pero con un criterio de federales que el tío Petacóvsky sospechó lleno de parcialidad. No era que él estuviese en contra de nadie, sino que le faltaban pruebas de la gloria de Rosas...

Como buen andariego, el tío Petacóvsky había aprendido su historia nacional en las calles de Buenos Aires. Así juzgaba

como héroes de primera fila a todos aquellos que daban nombre a las avenidas y plazas principales. Y si bien este curioso procedimiento de aprender había sido ya metodizado por los pedagogistas, él, que allá en Rusia fuera pedagogo en el original sentido de la palabra, lo ignoraba sabiamente. Pero no por ignorar su denominación científica: visoautomotor, (perdón), el método dióle mejor resultado. Respecto de Sarmiento—*verbi gratia domine*—que entonces prestaba su nombre glorioso a una humilde calleja de la Boca, el tío Petacóvsky habíase formado un concepto pobrísimo. Y de no saberlo escritor—¿qué judío no admira a un hombre que escribió libros?—habría privado su colección de una figura tribunicia.

Por suerte, esta falla al ine-

fable método, lo salvó de la corriente pedagógica. Al no dar, tampoco, en lugar visible, con el monumento a Rivadavia, resolvió no guiarse por el sentido didáctico... y comprar ejemplares ilustrados de todos los patriotas. Aquellos que conocía y aquellos que no conocía. Y todo quedó resuelto.

* *

Antes del primero de mayo—día señalado para inaugurar su nuevo comercio—el tío Petacóvsky descargaba en su casa cerca de un millón de láminas entre estampas para cuadros, retratos, alegorías patrióticas, copias de monumentos y tarjetas postales. Las ventas fueron iniciadas en seguida. Varios viajantes en encargaron de las provincias, y el tío Petacóvsky de la capital. Durante seis meses las cosas anduvieron a todo

Hermano, júzgame bien...

=Del tomo *Pequeñas Prosas*. Buenos Aires Ediciones GLEIZER. 1926=

SE juzga a los hombres por los actos importantes de su vida. Decimos: este hombre ha ganado una batalla o ha escrito un libro. Juzguémoslo por la batalla que extiende su nombradía o por el libro que lo revela a sus contemporáneos. Y lo juzgaremos mal. Los actos importantes no tienen importancia. Son sencillos y lógicos y el hombre se prepara para realizarlos como un actor para entrar en escena. Sabe que en esos actos está el juicio que traerá el olvido o la repercusión de su nombre. Para llevarlos a cabo, deja de ser natural y espontáneo, de alma libre y de alma fresca, para ponerse un alma ceñida a un propósito, hecha a la medida de todas las almas. En cambio, en las palabras sueltas y en el hecho sin sucesión y sin coherencia, desatados e ilógicos como los saltos de un niño, en lo que no está destinado a perdurar en la memoria, se agita el verdadero individuo, el individuo divino, anterior a las frías normas y superior a las reglas que lo acartonan y adocenán en el ser informe y gregario. No me juzgues, hermano, por lo que tú crees que es cosa grande. Esta cosa grande es para los que son muchos, para los que están más allá del escenario y no me representa porque no me pongo dentro de ella. Nadie está dentro de las cosas grandes sino dentro de las pequeñas cosas y de las palabras locas, que se nos escapan de los labios cuando estamos solos y llevan en sí lo mejor de nosotros y lo único que amamos en nosotros mismos. Júzgame por las pequeñas cosas, júzgame por las palabras que no entiendas. En ellas encierro lo que no puedo decir y me está ahogando con el júbilo o con el dolor, porque es mi secreto, es el secreto sagrado de cada vida, y lo que hacemos y decimos es para ocultarlo más, a fin de que lo adivine únicamente quien debe adivinarlo. De modo, si lo que ves y entiendes te dá la idea de lo que es el hombre, lo que no entiendes ni ves y presentes, sin embargo, te dará su medida cabal y si piensas así te darás cuenta de que nunca conoces al que está a tu lado.

ALBERTO GERCHUNOFF

trapo. Mas no obstante esta actividad y las proporciones que alcanzaron las fiestas del centenario en toda la República, el negocio fracasó.

Cuando a fines de 1910—hechas las liquidaciones en el interior del país—realizóse el recuento de la mercadería sobrante, aparecieron más de seiscientos mil cartulinas. En resumen: había perdido en una aventura de seis meses sus ganancias de cinco años.

Naturalmente, este primer fracaso enturbió el humor del tío Petacóvsky. Como en verdad no tenía pasta de comerciante, se sintió derrotado. Y si bien a los pocos meses ya soñaba otro negocio a propósito del Carnaval, sus parientes, entre burlas, negáronle crédito para realizarlo. ¿Quién no desconfía del hombre que fracasó una vez?

En esa desconfianza, más que en la pérdida de su dinero, sintió el tío Petacóvsky su desgracia. Para ayudarse, sin recurrir a nadie, mudóse a una casa más económica, vendió el piano y aplazó el ingreso de su hija en la Escuela Normal. Pero nada de eso fue remedio. Sólo una nueva desgracia—¿vendrán por eso seguidas?—le curó la anterior. Fué nada menos que la muerte de Beile, la menor de sus hijitas.

Este lamentable suceso hizo también olvidar a sus relaciones el fracaso del centenario. Por una parte los parientes, y por otra los amigos, con esa solidaridad en el dolor tan característica de los judíos, compitieron en ayudar al infeliz. Y otra vez gracias a ellos, el tío Petacóvsky pudo volver a su oficio de corredor. Ahora ya no sólo de cuadros, sino también de muebles, telas, joyas, pieles...

Durante cinco nuevos años el tío Petacóvsky trabajó para rehacer su clientela. Canas costábale ya el maldito oficio, venido a menos por la competencia de las grandes tiendas y el alza enorme de los precios con motivo de la guerra. Pero hasta mediar el año 1916, no pudo abandonarlo. Sólo entonces, una feliz circunstancia lo sacó de él. El caso puede resumirse de esta manera:

El menor de los hermanos Bermúdez, Carlos, lo recomendó al gerente de una fábrica de cigarrillos, y éste adquirióle, como objetos de propaganda para el centenario de la Inde-

1. Por extensión, los judíos llaman así a sus hijos varones.

pendencia, el sobrante de estampas patrióticas.

Mil quinientos pesos recibió el tío Petacóvsky por sus láminas. Con ese dinero en el bolsillo sintióse optimista. En seguida liquidó su clientela—ya padecía de reumatismo—y se puso a la tarea de buscar un negocio en el centro. Lo mismo le daba una cigarrería que un almacén. El *quid* era un comercio con puerta a la calle. Que los clientes lo fueran a buscar a él. No al revés, como hasta entonces. Ya le asqueaba *hacer el marchante*.

De nuevo burláronse los parientes de sus proyectos. Mientras unos, aludiendo a su afición por el mate, le aconsejaban una plantación de yerba en Misiones, otros le sugerían una fábrica de mates...

Más el tío Petacóvsky, contra el parecer de todos en general, y de Jane Guitel en particular, compró una pequeña librería cerca del Mercado de Abasto.

* *

Con el nuevo negocio la vida del tío Petacóvsky se transformó por completo. Ya no recorría la ciudad. Vestido a gusto, con amplio guardapelo de brin, y tocado con oscuro solideo de seda, pasábase las mañanas leyendo y *mateando* junto al mostrador, a la espera de clientes. Elisa, su hija, que ya estaba hecha una simpática criollita de dieciocho años, le cebaba el amargo por intermedio de Daniel; mientras arreglaba la casa antes Jane Guitel volviera del mercado.

Después del almuerzo, el tío Petacóvsky hacía su siesta. A las cuatro, ya estaba otra vez en su puesto y Elisa volvía a cebarle mate hasta la noche.

Ahora bien: de rendir la venta diaria un poco más que el dinero indispensable para el pan y la yerba, es probable que todos vivieran tranquilos. Pero como después de un año de ilusiones, se vio que esto no acaecía, las disputas se renovaron.

—De no querer tú—increpábale Jane Guitel—reformular el mundo y hacer lo que tantos israelitas hacen en Buenos Aires, estaríamos bien.

A lo que el hombre contestaba:

—Es que cuando a uno no le va, todo es inútil.

Y si Jane Guitel lo instaba a

vender el tenducho, él redarguía con agrio humor:

—Seguro estoy que, de meterme a fabricar mortajas, la gente dejaría de morir. Es lo mismo!

Tales discusiones reproducíanse en el mismo tono, casi todos los días. Desde la muerte de su hijita, Jane Guitel estaba enferma, y frecuentes crisis de nervios la debilitaban. El tío Petacóvsky, al tanto de ello, trataba siempre de calmarla con alguna ocurrencia. Y si doña Guillermina, como él la llamaba por broma en esas ocasiones, se resistía, él invocaba los aforismos de Schólom Aléijem, su escritor predilecto: "Reir es saludable; los médicos aconsejan reirse", o "Cuando tengas la olla vacía, llénala de risa".

Pero lo cierto es que a pesar de su Schólom Aléijem, el tío Petacóvsky se había contagiado de la tristeza de su mujer. Ya no era el alegre tío Petaca de la fábrica de cuadros. Nada le quedaba del entusiasmo y del humor de aquella época. Si aún reía, era para esconder sus lágrimas...

Porque como él mismo decía: "Cuando los negocios van mal, se puede ser humorista, pero nunca profeta". Y él ya no trataba de serlo en nada.

Había ensayado, al reabrirse las escuelas, la compra y venta de libros viejos con algún resultado. Pero al llegar las vacaciones—ya conocido como cambalachero—nadie entraba sino para vender libros usados.

En tanto, los días pasaban monótonos, aburridos, iguales. El hombre, siempre con su amargo y los libros, y la mujer con su eterna loa del tiempo antiguo y su constante protesta contra el actual.

—¡Dios mío!—se quejaba al marido—lo que has llegado a ser en América: un cambalachero!—Y lloraba.

En vano el tío Petacóvsky intentaba defender la condición intelectual de su oficio y fingir grandes esperanzas para la temporada próxima.

—Ya verás—le decía—cuando empiecen las clases, cómo van a salir todos estos grandes sabios y poetas. Entonces hasta es probable que encuentre un comprador de todo el negocio, y me quede sólo con los textos de medicina para que más tarde Daniel estudie de doctor.

La mujer no dejaba de mor-

tificarlo. Menos soñadora que él, calculaba el porvenir de su hija. Y en los momentos de amargura, los insultos estallaban en su boca:

—¡Cambalachero!... ¡Cambalachero!... ¡Dios mío, quién se casará con la hija de un cambalachero!...

* *

Mucho antes de lo que imaginaba, supo Jane Guitel quién deseaba casarse con su hija. Primero un chisme de familia la enteró de que Elisa era festejada por Carlos Bermúdez. No quiso creerlo. Luego, alguien que los vió juntos, le confirmó el chisme. Y vinieron las primeras sospechas. Por último, la misma muchacha, instada por la sinceridad del padre, confesó sus relaciones con el ex-socio... Y aquí fué la ruina de Jerusalem... Jane Guitel puso el grito en el cielo. ¿Cómo una hija suya iba a casarse con un *goi*? ¿Podía olvidar, acaso, la ingrata, que un bisabuelo de ella (Dios lo tenga en gloria) fué gran rabino en Kischinev, y que todos sus parientes fueron santos y puros judíos? ¿Dónde había dejado la vergüenza esa muchacha?...

Y en su desesperación, acusaba de todo, por milésima vez, a su marido y a sus negocios.

—Ahí tienes a tus grandes amigos del mate (¡Dios quiera envenenarlos!) Ahí están las consecuencias de tus negocios con ellos. (¡Un rayo los fulmine!). Todo por culpa tuya...

Y vencida por los nervios, se echaba a llorar como en *Iom Kipur*—el día del perdón.

A todo esto, el tío Petacóvsky, que a pesar del mate no había dejado de ser buen judío, la calmaba, asegurándole que, Dios mediante, el casamiento no llegaría a realizarse.

Aunque por otras razones, él también era contrario al matrimonio de Elisa con Bermúdez. Sostenía al respecto la antigua fórmula de los nacionalistas: «No podemos dejar de ser judíos, mientras los otros no dejen de ser cristianos». Y como en verdad ni él se creía un hombre libre ni tenía por tal a Bermúdez, hacía lo posible por inculcar a Elisa su filosofía.

—Mira—le decía una tarde, mientras la muchacha le cebaba mate:—Si te prohíbo el casamiento con Carlos, no es por capricho. Tú sabes cuánto lo aprecio. Pero ustedes son dis-

tintos: han nacido en países opuestos, han recibido diversa educación, han rezado a distintos dioses, tienen desiguales recuerdos. En resumen: ni él ha dejado de ser cristiano, ni tú judía.

Otra vez agregaba:

—Es imposible. No se van a entender. En la primera pelea—y son inevitables las primeras peleas—te juro que tú le gritarás cabeza de *goi*, y él, a manera de insulto, te llamará judía... Y puede que hasta se burle de cómo tu padre dice «noive»...

Más, tan inútiles fueron las sinceras razones del tío Petacóvsky como los desmayos frecuentes de Jane Guitel. La muchacha, ganada por el amor, huyó a los pocos meses con su novio a Rosario.

La fuga de Elisa acabó por romper los nervios de la madre. Dos semanas se pasó ésta llorando, casi sin probar alimento. Nada ni nadie pudo tranquilizarla. Al fin, por consejo médico, tuvieron que internarla en el *San Roque*, donde al poco tiempo moría, acrecentando el escándalo que la escapada produjo en la colectividad.

Con la muerte de Jane Guitel la muchacha volvió al hogar. Y tras de ella vino Bermúdez. Como si los dos fueran los causantes directos de esa muerte, lloraron lágrimas amargas sobre la tumba de la pobre mujer. El mismo Bermúdez, antes tan inflexible, renunciaba ahora a Elisa y consentía en que ella se quedara a cuidar del hermanito. Pero el tío Petacóvsky tuvo la honradez de perdonarlos y autorizar el casamiento a condición de que vivieran felices y para siempre en Rosario.

Después de hacerles notar a qué precio habían conseguido la unión, el tío Petacóvsky, contra el parecer de todos, resolvió seguir en su cambalache solo con su Daniel.

—Yo mismo—dijo—me encargaré de hacerlo hombre. Pierdan cuidado, no nos moriremos de hambre.

Y no hubo modo de disuadirlo.

* *

Abandonado durante tantos meses, el negocio se había convertido del todo en un boliche de viejo, sin otra mercadería que esos libros y folletos españoles que se ven en todos los cambalaches. Pero como

Jane Guítel ya no podía manifestar escrúpulos, y Elisa estaba casada y lejos, el tío Petacóvsky se dedicó de lleno a sus librotos, dispuesto a ganarse el pan para su hijo. Ya no vivía sino por él y para él. Todas las mañanas se levantaba temprano, y después de preparar el mate, despertaba a Daniel. Ambos desayunábanse y en seguida se iban a la sinagoga, donde el chico decía *kádisch* en memoria de la madre. A las ocho ya estaban los dos en la acera de la escuela, y mientras Daniel entraba a su clase, el tío Petacóvsky se volvía a abrir el boliche, que ya no cerraba hasta la noche. Y así lograron mantenerse durante seis largos meses.

Cuando en las vacaciones escolares el misero tenducho dejó de producir para las reducidas necesidades de la casa, el tío Petacóvsky reunió unos cuantos muchachos judíos para enseñarles el hebreo. De esa manera, con la vuelta a su primitivo oficio, afrontó la penosa situación. Y a

cualquier otro sacrificio estaba dispuesto, con tal de ver algún día hecho hombre a su Daniel.

Pero, por desgracia, el tío Petacóvsky tampoco pudo realizar este sueño, ya se verá por qué.

* *

Corrían los primeros días del año 1919. Una gran huelga de metalúrgicos habíase generalizado en Buenos Aires, y las noticias más inverosímiles acerca de una revolución maximalista, propagábanse de un extremo a otro de la ciudad. La tarde del viernes 10 de enero, el tío Petacóvsky estaba, como siempre, sentado junto a sus libros, tomando mate. Había despachado a los chicos más temprano, por ser víspera de sábado, y porque en el barrio reinaba cierta intranquilidad.

La calle Corrientes, tan concurrida siempre, ofrecía un aspecto extraño, debido a la interrupción del tráfico y a la presencia de gendarmes armados a mauser.

A eso de las cinco y media, un grupo de jóvenes bien vestidos hizo irrupción en la acera del boliche, vitoreando a la patria. Atraído por los gritos, el tío Petacóvsky, que seguía tomando mate, asomó la cara detrás de la vidriera, todo temeroso, porque, hacía un momento, Daniel había salido a decir su *kádisch*.

Uno del grupo, que divisó el rostro amedrentado del tío Petacóvsky, llamó la atención de todos sobre el boliche, y los mozos detuviéronse frente al escaparate.

—Libros maximalistas! — señaló a gritos el más próximo. —Libros maximalistas!...

—Ahí está el ruso detrás— objetó otro.

—¡Qué hipócrita, con mate, para despistar!...

Y un tercero.

—Pero le vamos a dar libros de «chivos»...

Y, adelantándose, disparó su revólver contra las barbas de

un Tolstoy que aparecía en la cubierta de un volumen rojo. Los acompañantes, espoleados por el ejemplo, lo imitaron. En un momento cayeron, entre risas, todos los libros de autores barbados que había en el escaparate. Y en verdad, la puntería de los jóvenes habría sido cómica, de no fallar una vez y costarle con eso la vida al tío Petacóvsky.

Ahora el buen hombre debe hallarse en el cielo, junto a los santos, héroes y artistas que por su industria hicieron soñar a tanta gente en Buenos Aires. Y si es cierto que la justicia divina es menos lenta y más segura que la humana, ella ha de concederle, como a los elegidos, una gracia a su elección. Entonces, a buen seguro, como aquel *Bonchi calla* de I. L. Peretz, — (poetizado en el idioma de Maupassant en *Bonchi le Silencieux*)— que en circunstancias idénticas pidiera a los ángeles pan con manteca—el tío Petacóvsky ha de pedirles mate amargo para la eternidad.

Samuel Glusberg

que tenga por objeto, sin decirlo, la vinculación entre España y América. Digo «sin decirlo» porque el hispano-americanismo al uso no me parece capaz de hacer esta obra. Ustedes tienen ya algo que decirnos a nosotros, y nosotros a nuestra vez también debemos dirigirnos a ustedes. El público natural de España es América».

—¿No piensa usted recopilar en libro algunos de sus artículos literarios?

—Muchas veces he tenido este propósito, al cual obedeció la edición de mis *Conversaciones literarias*. Hoy podría hacer, sin mucho esfuerzo, dos o tres series semejantes a ésta, que es escasa en las librerías de América y de España. Pero las dificultades editoriales son muy grandes. Tengo en vista una proposición de Samuel Glusberg, un joven editor argentino que a mi paso por Buenos Aires me indicó la idea de reunir en un libro algunos de mis estudios sobre autores y libros americanos. A mi vuelta a España pienso emprender seriamente este trabajo.

»También he querido hacer una nueva edición de mi *Antología de poetas franceses*, de la cual debería sacar algunas partes y agregar otras, a fin de poner el libro al día. Es éste un libro que se ha vendido mucho,

Una hora con Enrique Díez-Canedo

(Viene de la página 49).

seguramente más de lo que pudiera imaginarse quien revisara las cuentas de los editores... Pero en fin, esas cosas serán inevitables mientras los escritores españoles no se organicen para defenderse. La *Antología* tiene algunos aciertos que me han complacido sobremanera. En efecto, las previsiones que allí se hicieron sobre algunos escritores franceses que comenzaban en esos años a figurar, han sido, en su mayor parte, comprobadas por la realidad. Lo que siento es que en la nueva edición no me pueda acompañar mi colaborador don Fernando Fortún, que murió poco después de publicado este libro. Era un joven de veinticuatro años no cumplidos, y prometían mucho su talento claro y su sensibilidad finísima. Puede decirse que su participación en la *Antología* es su obra más considerable. Antes había publicado un pe-

queño libro de versos, y poco después de su muerte prematura sus amigos editamos, en corta tirada, algunos de sus papeles inéditos.

—¿Y sus estudios sobre poetas españoles de hoy?

—De esos trabajos sí pienso hacer, en poco tiempo más, un volumen. No sólo abarcará la producción más reciente de la lírica española, representada por los nombres de Ramón de Bastera, Alberti, García Lorca, Gutiérrez Gili, Dámaso Alonso, Pedro Salinas, de quien ya le he hablado a usted; Gerardo Diego, Jorge Guillén y otros que no recuerdo en este momento, pero que son vigorosas realidades o promesas de valor; sino que también comprenderá estudios sobre poetas de las generaciones anteriores. En general, trataré de abarcar todo el movimiento lírico español después de Rubén Darío, que marca una

fecha en nuestra literatura. Algunos de estos trabajos se han insertado en *La Nación* de Buenos Aires».

—En Chile se sigue con atención el movimiento intelectual español, que es de renovación tan considerable, que a muchos ha desorientado.

—Es cierto que en España se notan actualmente algunas manifestaciones de renacimiento espiritual, pero ellas apenas tocan a las cifras editoriales, que al fin y al cabo son el índice externo más seguro de la actividad intelectual de un país. Faltan en España, sobre todo, revistas. Ya le he dicho a usted que se hace notar la ausencia de una que tenga por objeto relacionar España a América por el espíritu y el arte. Y así como ésta, faltan otras revistas que den salida a las inquietudes de cada uno de los sectores de la vida intelectual. En suma, este problema es problema editorial, como todos o casi todos. Los libros de los jóvenes poetas y escritores españoles, por ejemplo, no llegan a América sino cuando han sido editados por alguna de las editoriales que tienen organizada aquí su circulación. Y esto sucede con escasa frecuencia. Lo corriente es que el escritor que se inicia pú- blique por su cuenta libros de ti-

Repertorio Americano

Vendo números sueltos y atrasados. Completo colecciones y las empaquetado. Precios módicos.

Pida más informes en *La Prensa*, o por el apartado 409, en esta ciudad de San José.

MIGUEL OLIVARES

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE. Número suelto:..... UN SOL

Apartado N.º 176. Lima, Perú.

radas pequeñas que pasan inadvertidos fuera de la península».

Las palabras del crítico tienen una aristocrática dejadez y sueñan sutiles en el aire. La hora ha pasado rápidamente. De pronto se siente el estampido que señala el mediodía. Díez-Canedo gentilmente me acompaña hasta la salida del hotel, mientras se deslían los últimos fragmentos de la charla.

Cuando estrecho su mano, que ha escrito muchas páginas admi-

rables, me vienen a la memoria los versos de un poema leído en uno de sus libros:

..... mira, hijo,
todo lo dicen unas cuantas letras.
Ya sabrás, ya sabrás, cuando la vida
te lleve por sus áridos caminos,
que unas letras, AMOR, lo inician todo;
que todo para en unas letras: MUERTE.

Y a las letras ha dedicado el poeta y el crítico sus afanes de toda la vida, con nobleza, lealtad y constancia que la cultura española sólo puede agradecer.

Raúl Silva Castro

(*El Mercurio*. Santiago de Chile.)

Díez-Canedo, el crítico de América

—De *El Mercurio*. Santiago de Chile.—

Don Juan Valera fué acaso el primero de los críticos españoles que comenzó a dispensarle un interés regular a la literatura americana en sus célebres *cartas*, algunas de las cuales bastaron para consagrar obras como *Azul*, de Rubén Darío y *Tabaré*, de Juan Zorrilla y San Martín. Antes de él sólo Menéndez y Pelayo había intentado una antología de la poesía hispano americana, obra de conjunto, interesante, que estudia, en cierta manera, el espíritu de España en este continente; más tarde Clarín consagró algún artículo, en las postimerías de su vida literaria, al *Ariel* de Rodó y Gómez de Baquero, pergeñó numerosos artículos sobre libros y autores transatlánticos.

Pero, ha sido Díez Canedo el más constante, el más seguro y el más enterado de los críticos españoles que se hayan ocupado de las letras americanas. En revistas ocasionales, en sus cursos de vacaciones, en *España*, en los artículos y folletos de *El Sol* de Madrid, en prólogos a tantos libros, ha probado su constante interés por las cosas americanas. Conoce nuestras literaturas a fondo y le son familiares la producción de cuantos como Gabriela Mistral, Eduardo Barrios, Vicente Huidobro, Joaquín Edwards, D'Halmar, Carlos Mondaca, Francisco Contreras, constituyen lo más difundido de la producción espiritual chilena.

Su viaje a estos países era, pues, necesario, indispensable, vale decir, no ya porque haya de acrecentar el acerbo de sus lecturas, que están al día, sino

para que reciba la demostración plausible de cómo acá se le busca y se le estima. América le debe a este español cosmopolita y amplio, lo más substancial del ambiente de simpatía que se le haya hecho en España a sus escritores. El propio autor de estas líneas siéntese inhibido para hablar con la necesaria independencia de su obra, pues, en más de una ocasión le prodigó la tradicional indulgencia suya elogios inmerecidos a dos de sus libros.

El crítico y el poeta.—Sólo algunos de los artículos de Díez Canedo han sido recogidos en volumen: *Galería de retratos* (1) y *Pláticas literarias*. El primero publicado en México por Cultura y el otro, actualmente inencontrable, hecho por un editor peninsular. Para conocer su obra, en todo su alcance y en toda su extensión, es preciso haber seguido el movimiento literario de España y América, a través de publicaciones como *España*, *La Nación* de Buenos Aires y *El Liberal* madrileño. Lo cual ha de referirse a su labor más constante, ya que artículos suyos ocasionales han publicado la mayor parte de los periódicos españoles y americanos. Anales como el *Repertorio*, de García Monge, registran centenares de sus notas y estudios, recogidos de todos los periódicos de nuestra lengua. En revistas como *Índice*, en la *Revista de Occidente*, en tal o cual publicación

(1) Querido Armando Donoso: *Sala de Retratos* se llama el librito y en las ediciones de *El Convivio*, tuve el gusto de sacarlo en 1920.

Suyo,

gm.

mexicana, encontramos de tarde en tarde sus artículos y sus poemas.

Porque Díez Canedo, aunque él no lo prodiga, es poeta, un poeta que comenzó con las postimerías del simbolismo francés y ha terminado quedándose a buen recaudo en sus devociones líricas de hace tres lustros.

En sus cosechas rimadas supo ser primero buen traductor: conocemos tres volúmenes suyos: uno recogido por Ollendorf, *Imágenes*; otro *Del cercado ajeno*, hecho en esa inolvidable biblioteca que dió *El canto errante*, de Darío y el *Don Quijote en los Alpes*, de Alberto Insúa; y una excelente antología de la poesía francesa moderna que, en cierta manera, reproduce la de Van Bever y Leataud, especie de antifonario del simbolismo.

Esta fué la iniciación del poeta, vale decir, como el ensayo de los resortes del verso: luego escribió el libro propio, pequeño, selecto, flor de rara depuración, erudito en su prosodia, que denuncia la frecuencia del ritmo, según la usanza finisecular y la imagen rica, enojada, noble.

El hombre.—En un piso de la calle Lealtad, junto a la casa de don Antonio Maura y a un paso del Retiro; es decir, en una de las calles más amplias y hermosas, cabe los rosadales y los tupidos follajes, vive Díez Canedo, entre sus libros, en el seno de un hogar sencillo y delicioso.

La sala de trabajo invita al reposo y a la lectura. Los libros en ringlas apretadas, cubren los muros. Librería envidiable la suya por la selección y el buen gusto, en la cual encontramos lo mejor del simbolismo francés y lo más reciente de las letras transpirenaicas: Proust, Remy de Gourmont, Gide, Valery Larbaud; y los poetas, sobre todo los poetas, en las ediciones más raras y cuidadas.

En un saloncito contiguo los volúmenes americanos. El día que llegamos a visitarle nos dice:

—Aquí están ustedes, todos ustedes.

En efecto, pulcramente alineados en sus filas, los libros de la Mistral, de Pedro Prado, de Barrios, de Joaquín Edwards, de Contreras; las antologías de poetas, uno que otro libro antiguo; muchos volúmenes argentinos, uruguayos, mexicanos, de Cuba, del Perú, colombianos;

todo lo de América, en fin; eso que responde a un estudio regular, a una simpatía constante.

Nuestros días matritenses transcurren bien cerca de este buen amigo de América: en el café Regina le encontramos por las tardes, con Araquistain, Alvarez Vayo, Bilbao, o en su sala de trabajo, cuando nó en el recogimiento íntimo de una buena noche pascual. ¡Cómo la delicada esposa del crítico y sus chicos recuerdan a Gabriela, a la buena maestra, que un día vivió con ellos como una hermana!

En esa casa está presente siempre la autora de *Desolación*.

El crítico de América.—Para ocuparse de los libros y escritores de América, Díez Canedo ha debido llegar a ser el mejor conocedor de la literatura de este continente. Y eso no es cosa que se improvise: el propio don Juan Valera o Menéndez y Pelayo, que se enteraban generalmente bien sobre cuanto escribían, incurrieron en errores de apreciación y silenciaron frecuentemente muchas de las manifestaciones literarias más interesantes de una época. Clarín, que alcanzó a anunciar a Rodó, no presintió siquiera a Darío, acaso porque, rezagado en sus devociones románticas, no creía posible que la poesía hubiese alcanzado más lejos que donde la exaltaron Campoamor y Núñez de Arce.

El caso de Díez Canedo es distinto: puede, como poeta, participar de otros gustos y hasta consentir en que Rubén Darío no ha sido aún superado (¿no tiene en carpeta un libro sobre el autor de *Prosas profanas*?); pero eso no supone que no se haya anticipado a las devociones de la época. Lector tan frecuente de Apollinaire, de Cocteau, de Reverdy, no podía sino ser el primero en comprender toda manifestación original de la poesía lírica. Es preciso leer sus artículos enviados a *La Nación* de Buenos Aires sobre la poesía nueva de España para sentir hasta donde la sensibilidad del crítico se mantiene en esa constante tensión que le permite anticiparse a cada expresión inusitada del arte.

Constantemente se ha ocupado en España, ya consagrándole artículos exclusivos o ya refiriéndose a sus obras, de Gabriela Mistral, de Pedro Prado, de Eduardo Barrios, con ese fer-

vor y ese interés de quien se mantiene atento a cada eco que le lleve una expresión nueva de arte, así provenga de cualquiera latitud. Cuando se publicó la antología *Nuestros Poetas*, le consagró en sus folletines de

Armando Donoso

Notas sobre Samuel Glusberg

(Viene de la página 41)

Glusberg es el «simbólico editor» de Horacio Quiroga, como fue llamado por un fino humorista del verso: Luis García. Y en verdad que es algo simbólico esto. Quiroga posee, físicamente, las características del judío: larga barba y nariz semítica y por lo común indumentaria un tanto descuidada. Cualquiera que se lo encontrase paseando por la calle Libertad, lo tomaría por un judío que acaba de salir de su «cambalache». El mismo Glusberg, en uno de sus más delicados relatos, ha referido una anécdota originada en el parecido semítico de Quiroga.

Así como es intransigente con el imbécil es comprensivo y el más leal defensor del que algo vale en su concepto.

Muchos son los jóvenes y algunos de ellos hoy día figu-

El Sol un extenso artículo que daba la medida de su conocimiento de nuestra lírica.

Bienvenido sea, pues, quien fué siempre en España una especie de constante embajador del espíritu de América.

ras consagradas en las letras argentinas, que deben su difusión literaria o que hayan salido de la oscuridad inédita, al esfuerzo persuasivo de Glusberg. En su colección BABEL predominan los libros primigenios de estos jóvenes, con los cuales han ganado premios municipales... Pero el agradecimiento es cosa que no preocupa a Glusberg.

Como amigo, Samuel Glusberg es de una lealtad y cordialidad raras veces aseguibles al hombre.

Cuando da su amistad, puede uno tener total confianza de encontrar en él hasta en las más arduas dificultades, al compañero jovial y bondadoso. Se preocupa del bienestar de un amigo tanto y quizás más que el del suyo mismo.

Eduardo Uribe

Buenos Aires, 1927.

Acaban de llegar y le interesan:

Víctor Mercante: <i>La pandología</i>	5.00
Cornelio Hispano: <i>En el país de los dioses</i>	5.00
Luis Cané: <i>Tiempo de vivir</i>	4.00
Fabio Fiallo: <i>La canción de una vida</i> (Poesías)	3.50
Leopoldo Lugones: <i>La guerra gaucha</i>	5.00
Rousseau: <i>Las confesiones</i> (2 vols.)	4.00
Arturo Capdevila: <i>La casa de los Fantasmas</i> . Comedia	3.00
Arturo Capdevila: <i>Zincali</i> . Poema dramático del misterio gitano	4.00
Alberto Gerchunoff: <i>Pequeñas prosas</i>	6.00
Alberto Gerchunoff: <i>La jofaina maravillosa</i>	4.00
Alberto Gerchunoff: <i>El hombre que habló en la Sorbona</i>	4.00
Alberto Gerchunoff: <i>Historias y proezas de amor</i>	4.00
Alberto Gerchunoff: <i>La asamblea de la bohordilla</i>	4.00
Arturo Cancela: <i>Tres relatos porteños</i> . Pasta	5.00
Arturo Cancela: <i>El burro de «Maruf»</i>	4.00
Fray Luis de León: <i>De los nombres de Cristo</i> (2 vols.)	2.00
E. Julio Iglesias: <i>Anaquel</i>	3.00
Alvaro Melian Lafinur: <i>Las nietas de Cleopatra</i>	4.00
Oliverio Goldsmith: <i>El Vicario de Wakefield</i> . Novela	1.50
Th. de Quincey: <i>El asesinato, considerado como una de las bellas artes</i>	2.00
Haya de la Torre: <i>Por la emancipación de la América Latina</i>	4.00
Luis Enrique Osorio: <i>El teatro francés contemporáneo</i>	4.25
Mateo Abril: <i>Mirando vivir</i>	2.80

Don Enrique Díez Canedo se va

=De *El Mercurio*. Santiago de Chile.=

SE aleja dejando una huella amable el maestro que sabía filosofar con gracia, que enseñaba cosas profundas con sencillez ateniense.

Comprensivo hasta el extremo de no cerrar el círculo de su pensamiento a ninguna evolución, a no limitar sus doctrinas en dogmas que no admiten vuelos ulteriores, Díez Canedo posee la medida, el espíritu de fineza y la claridad que hemos dado en creer atributos solamente del alma francesa.

Su primera conferencia fué hasta cierto punto rudimentaria.

Esto le sucede a todo conferenciante que llega a Chile... Pero, como he dicho otras veces, el auditorio santiaguino da la sorpresa... A la sutileza de espíritu del distinguido crítico español, bastó aquel primer ensayo para que al punto comprendiera que tenía que habérselas con un público eminentemente preparado, y así nos lo dijo muy pocos días después de encontrarse entre nosotros.

Ya nos conocíamos y su entrada al aula universitaria era saludada con aplausos sinceros, preludio de un silencio religioso que duraba más de dos horas.

Sin alzar la voz, sin astucia ni triquiñuelas de orador, iba desarrollando el tema ya de Literatura, o de Pintura, con tal sinceridad, con un anhelo de justicia y de verdad, con toques de ironía tan finos a la vez que contundentes por su fuerza lapidaria, que muchas veces creíamos encontrarnos en la Acrópolis frente a un filósofo de la antigua Grecia.

A través de los siglos fuimos siguiendo el desenvolvimiento consecuente del arte y de la literatura de España como se ve pasar del germen a la planta, de la planta a la flor y de la flor al fruto en formas sucesivas, que no se inmovilizan ni se oponen al tránsito vital de las evoluciones.

Por el contrario, hay en Díez Canedo un anhelo de libertad, un impulso de sinceridad que le mueve a romper toda cadena, a no someterse a una fe definitiva ni a aprisionarse en dogmas.

Comprende que es preciso seguir las ondulaciones del momento, que es estéril toda inmutabilidad y que nadie ha puesto

aún término final al descubrimiento de la verdad.

Al hablar de las escuelas nuevas, aún de las más avanzadas y de aquellas con las cuales acaso no comulga en su fuero interior, tales como el creacionismo, el ultraísmo, etc., Díez Canedo dijo refiriéndose a éstos:

«Y contradiciendo sus propios anhelos de renovación, quisieron establecer un *Meridiano...* y yo cada mañana pido al Creador: «*El meridiano del día dánosle hoy...*»

¿No es esta idea comparable a aquella del filósofo Gorgias, discípulo de Platón? El griego al beber la cicuta, exclamó:

«La verdad es infinita... Quead fieles a mí, amad mi recuerdo, pero mi doctrina no la améis sino mientras no se haya inventado para la verdad fanal más diáfano. Las ideas llegan a ser cárcel como la letra. Ellas vuelan sobre las leyes y las fórmulas, pero hay algo que vuela aún más que las ideas, y es el espíritu de vida que sopla en dirección a la verdad. Brindad por quien disipe vuestras dudas, por quien ponga el pie delante de mi última huella. *Por quien me venza con honor ante vosotros*».

No abriga el crítico español el orgullo de la inmovilidad. Respeta lo clásico, y lo romántico, lo barroco y lo modernista. Hace resaltar la belleza donde la encuentra, con criterio independiente o ecuaníme.

No llegó a nosotros con arresos chauvinistas.

Pero sus oyentes recibimos sus lecciones y ellas adentrándose en nuestros espíritus nos hicieron amar, admirar y comprender a España mucho más que si él hubiera llegado hasta nosotros con verba ampulosa y con carteles de propaganda.

La Universidad de Chile le ha nombrado miembro de la Facultad de Letras.

Sobre la mesa del paraninfo universitario vimos el diploma con la bandera española y la chilena enlazadas.

Así van también enlazados nuestros espíritus siguiendo al peregrino ideal que nos remontó sin fatigas ni vacilaciones hasta las cumbres más altas del pensamiento.

ROXANE

Un estante de libros escogidos

En la Administración del REPERTORIO AMERICANO se venden los siguientes:

José Chovenda: <i>La condena en costas</i>	₡ 14.00
A. L. Valverde: <i>Historia del comercio</i>	7.00
Rafael Heliodoro Valle: <i>Anfora Sedienta</i>	3.00
Guillermo Jiménez: <i>La de los ojos oblicuos</i>	2.50
Apuleyo: <i>La metamorfosis o El asno de Oro</i>	2.00
Pedro Calamandrei: <i>Demasiados abogados</i>	4.75
R. Saleilles: <i>La posesión de bienes muebles</i>	10.00
J. Stuart Mill: <i>Autobiografía</i>	1.50
F. de la Vega: <i>Ideas y Comentarios</i>	5.00
E. Ziamatín: <i>De cómo se curó el doncel Erasmo</i>	2.25
Oscar Wilde: <i>Huerto de granadas. Novelas</i>	3.00
Jaime Torres Bodet: <i>Margarita de niebla</i>	3.00
Alberdi: <i>Las Bases</i>	4.00
Sarmiento: <i>Recuerdos de Provincia</i>	4.00
Medardo Angel Silva: <i>Poesías escogidas</i>	2.00
Luis L. Franco: <i>Coplas del pueblo (1920-1926)</i>	3.00
C. O. Bunge: <i>Historia del Derecho Argentino (2 vols.)</i>	10.00
C. O. Bunge: <i>Estudios Jurídicos</i>	6.00
Máximo Gorki: <i>Malva y otros cuentos</i>	0.50
Bernardo J. Gastelum: <i>Inteligencia y símbolo</i>	3.50
Alberto Masferrer: <i>Estudios y Figuraciones sobre la vida de Jesús</i>	3.00
<i>Poema del Cid. Texto y traducción</i>	2.00
R. Fernández de Velasco: <i>Los contratos administrativos</i>	13.50
José Vasconcelos: <i>Ideario de acción</i>	1.50
J. Ortega y Gasset: <i>Espíritu de la Letra</i>	3.50
Arturo Borja: <i>La flauta de ónix</i>	2.00
M. Meunier: <i>La leyenda de Sócrates</i>	3.50
Benito Lynch: <i>Las mal calladas</i>	4.00
R. Benedito: <i>Natura. Cantos infantiles (Pasta)</i>	8.00
Alberto Guillén: <i>Deucalión</i>	2.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana. (Novelas)</i>	3.00
Santiago Argüello: <i>El alma dolorida de la Patria</i>	3.00
Rodolfo Sohm: <i>Instituciones de Derecho privado romano</i> 17. ^a edición.....	17.00
Enrique Heine: <i>Memorias y Cuadros de Viaje</i>	5.50
Jorge Mañach: <i>Estampas de San Cristóbal</i>	4.00
Alfonso Reyes: <i>Cartones de Madrid</i>	1.00
Alberto Guillén: <i>El Libro de las Parábolas</i>	2.00
José Carlos Mariátegui: <i>La escena contemporánea</i>	3.00

Quien habla de la

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA,
TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA
ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta,
Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada,

Naranja, Ginger-Ale, Crema,
Granadina, Kola, Chan,
Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno,
Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

La Mejor Galleta Nacional

que ya el público conoce se fabrica en

“La Costarricense”

de VICENTE MORALES

Cuesta de Moras

Teléfono 1499

SASTRERIA

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

TELEFONO 1283

Acabando de recibir un surtido de casimires ingleses y contando con 20 operarios de los mejores del país, ofrecemos confeccionar vestidos a ₡ 140 y ₡ 150, así es señores que no hay que gastarse en lujos pagando altos precios en otras sastrerías. También podemos confeccionar vestidos en buenas condiciones de pago. Contamos con telas de seda y piqué para chalecos de frac.

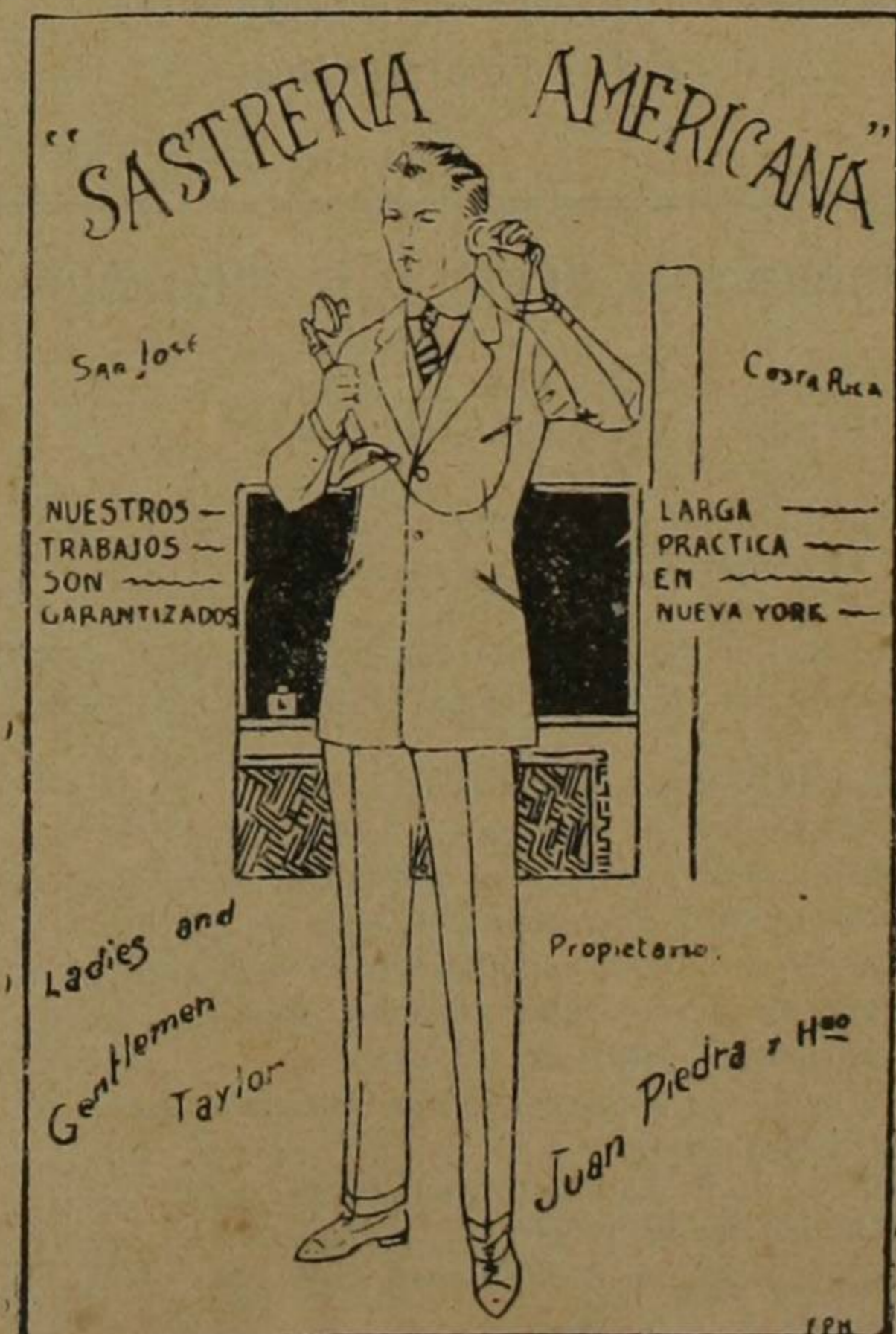
PINTURA DECORATIVA

Rótulos — Anuncios Comerciales Artísticos

LIDIO BONILLA P.

Pintura escenográfica - Dibujo en todo estilo para grabados

125 vs. al Sur de El Aguila de Oro



Lado Oeste Foto Hernández